

EDICIONES BIBLIOTECA FILMS

*serie especial*

Jorge  
**NEGRETE**

Gloria  
**MARIN**



Editorial **ALAS**







LA VENGANZA  
DE LAGARDERE

Reservados los derechos de  
traducción y reproducción

ARTES GRAFICAS ESTILO

Valencia, 284 - Teléfono 708697

BARCELONA

# EDICIONES BIBLIOTECA FILMS

Director propietario: RAMON SALA VERDAGUER

ADMINISTRACION Y REDACCION  
APARTADO DE CORREOS 707 - BARCELONA

AGENTE DE VENTAS: Sociedad General Española de Librería  
Barbá, 18, Barcelona - Terner, 4, Madrid

EDITORIAL  
"ALAS"



AÑO XX-

SERIE ESPECIAL

NUM. 353

Núm. 104

## LA VENGANZA DE LAGARDERE

basada en la novela de PAUL FEVAL

### LE CHEVALIER DE LAGARDERE

Presentamos hoy la narración literaria de **La Venganza de Lagardere**, basada en la novela clásica de capa y espada que el siglo pasado conmovió a toda su generación casi en el mundo entero, tal es la emoción que alcanza el protagonista de esta clásica y emotiva novela.

Para demostrar el talento de **Jorge Negrete** y su vena artística, aquí le vemos en el apuesto y gentil personaje, héroe de una epopeya romántica.

---

PRODUCCION

FILMS INTERCONTINENTAL, S. A.

— MEXICO —



## PRINCIPALES INTERPRETES

---

<i>Aurora de Nevers</i> . . .	Gloria Marín
<i>Princesa Gonzaga</i> . . .	
<i>Enrique de Lagardere</i> .	Jorge Negrete
<i>Príncipe de Gonzaga</i> .	Andrés Soler
<i>Peyrolles</i> . . . . .	Angel Garasa
<i>Cocardasse</i> . . . . .	Luis G. Barreiro
<i>Faenza</i> . . . . .	Antonio Montiel
<i>Ana</i> . . . . .	Emma Roldán
<i>Regente</i> . . . . .	C. Moctezuma
<i>Saldaña</i> . . . . .	Ignacio Castillo

---

Guion y adaptación cinematográfica:

Oscar Dancigers

---

Director:

Jaime Salvador

---

---

Narración literaria por  
"Pancho-Pistolas"

---

## LA ESTOCADA DE NEVERS

Estamos en la Francia de la Regencia. Todavía la Revolución Francesa, que marcó una nueva etapa en la Historia de la Humanidad, está en un período de incubación. Aquella desastrosa época que sirvió para acelerar los movimientos convulsivos que estallarían en el reinado de Luis XVI en una sangrienta revuelta, acabando con la nobleza francesa. Pero ese peligro no es todavía inminente. Ahora tan sólo se preocupan los nobles en aventuras amorosas y en practicar el noble deporte de las armas. Ese deporte que es siempre tan apasionante cuando en él es la vida lo que se ventila.

En una posada típica francesa del siglo XVIII hay una reunión clandestina de espadachines. Muchos han acudido a la cita. Otros cabalgan en esa dirección. Es de noche. La venta está cuidadosamente cerrada; sin embargo, a través de las rendijas de los postigos se esparce la luz, que sirve de guía a los dos caminantes que hacia ella se dirigen.

Los dos hombres detienen sus caballos. Inspeccionan cuidadosamente la posada antes de entrar. Uno de ellos interpela a su compañero:

—Sin duda es este el lugar de la cita.

Su compañero contempla aquel mesón. Es un sitio lúgubre. La casa está en medio de un bosque que le da un tinte sombrío.

El silbido del viento daba un aspecto más siniestro al lugar, si cabe. Replicó:

—El diablo me lleve si en mi vida he visto algo más tétrico.

Apeáronse de los caballos, y un poco inquieto por el silencio, el segundo en hablar, llamado Passepoil, no pudo menos de comentar:

—¡Me extraña este silencio!...

Su compañero, Cocardasse, se adelantó resueltamente hacia la puerta de la posada al tiempo que decía:

—Pronto saldremos de dudas.

Passepoil le contuvo diciendo:

—Aguardad; no quiero quedarme solo.

—¿Tenéis miedo?—le dijo burlonamente Cocardasse.

—¡Voto a Satanás!—dijo Passepoil—. ¿Cuándo me habéis visto temblar?... Es tan sólo precaución.

Ambos marchan con paso decidido hacia la posada. Abren la puerta e introducen cautelosamente la cabeza. La estancia está vacía y débilmente iluminada por unos candiles. Al no ver a nadie penetran hasta el centro de la misma. Cocardasse da unas palmadas al tiempo que grita:

—¿Quién vive aquí? ¡Posadero!

Abrióse una puerta en el fondo apareciendo el posadero. Era éste un anciano que tenía el aspecto de un hombre agotado. Marchó temeroso al encuentro de los dos clientes. Pero avanzó despacio, pues sus pobres piernas no dan más de sí. Disculpóse:

—Perdonad, señores.

Había adoptado una actitud servil y temblorosa. El aspecto de Cocardasse y Passepoil le imponía. Eran dos espadachines, por lo menos en apariencia, y tenían el aspecto de unos hombres pendericeros. Hombres dispuestos a batirse a la menor provocación. Passepoil adoptó un aire dominador y dijo ásperamente:

—Decidnos, ¿es esta la posada del Castillo de Caylús?

El mesonero replicó temblorosamente:

—Esta es. ¿En qué puedo servirlos?

Cocardasse y Passepoil cambiaron una mirada y Cocardasse replicó:

—De momento, dándonos de beber...

El posadero inquirió:



—¿Vino?

Passepoil, que tenía un buen negocio en perspectiva, creyó el momento de sentirse espléndido.

—Y del mejor que tengáis, para buenos catadores...

Se dirigieron a una mesa al tiempo que el posadero añadía, todavía atemorizado por el aspecto de perdonavidas de los espadachines:

—En eso creo poder servirlos.

Salió de la estancia y quedaron en la sala solamente Cocardasse y Passepoil. Sentáronse en una mesa y Cocardasse habló en voz baja:

—Curioso; somos nueve los citados.

—Y sólo han llegado dos—dijo Passepoil.

Cocardasse miró a todos lados buscándolos; al no hallarlos preguntó inocentemente:

—¿Dónde están?

Passepoil sonrió burlonamente al decir:

—Vos... y yo.

Cocardasse pensó unos momentos y dijo:

—¡Ah, sí! Pero, ¿y los otros?

La entrada del posadero interrumpió aquel coloquio. Adoptaron una actitud de indiferencia. Al servir el vino el posadero indicó:

—Espero que os gustará. En un tiempo este vino fué orgullo y fama de mi posada.

Cocardasse se preguntó cuál sería la razón de que no lo fuera ahora y exteriorizó su pensamiento.

—¿Y ahora?

El posadero sonrió amargamente.

—¿Ahora? Es raro el que aquí se detiene para saciar su sed. Desde las misteriosas muertes de los castellanos de Caylús...

Passepoil, casi tan famoso como Cocardasse por su insaciable curiosidad, le interrumpió rápidamente:

—¿Muertes misteriosas? Decid.

Cocardasse añadió, sin poderse contener:

—Contadnos.

El posadero tomó un aire de cautela y empezó:

—Yo sólo puedo deciros lo que muy pocos ignoran. El viejo

Caylús, hombre déspota y terrible, casó por primera vez con joven y hermosa doncella. Poco duró su belleza y menos su juventud; los negros muros de ese maldito castillo, donde vivió secuestrada, fueron minando su vida y cuando soltaron su presa fué para entregarla a la tumba (Cocardasse y Passepoil cambiaron entre sí una comprensiva mirada). Más tarde contrajo segundas nupcias con una hermosa española. Su vida fué otro calvario y tuvo idéntico fin.

Passepoil, que era un hombre inminentemente curioso, no quiso perderse ninguno de los detalles referentes a la vida del monstruo de Caylús, como ya denominaba sin mentir al marqués del mismo nombre, e inquirió:

—¿Vive solo?

El posadero parecía dispuesto a satisfacer plenamente la curiosidad de sus interlocutores y siguió:

—No... de la unión con la española nació una niña, que ahora es una mujer. Con ella vive, y del mismo modo que secuestró a sus esposas, secuestra ahora a su hija...

En aquel momento Cocardasse se acordó del motivo de la cita y sondeó al posadero:

—Decídme, ¿entre los que frecuentan el castillo no hay un caballero que se llama De Nevers?

—¿El Duque? Sí, pero no debió de ser del gusto de ese viejo terrible, porque hace ya tiempo que no visita el castillo.

Passepoil le hizo una indicación a Cocardasse indicándole que mantuviera silencio. Este, para desviar la conversación, le preguntó por el castillo. El posadero les lleva a una ventana y les enseña la ingente construcción, recortada por la luz de la luna. Dos grandes ventanales abiertos dejaban escapar una gran claridad. Es la nave principal del castillo. El castillo tenía también en verdad una apariencia macabra. Con grandes torreones sobre un peñasco levantado aparecían negros sus muros, que resaltaban más ante la claridad de la luna.

En aquellos momentos, en el gran salón del castillo el príncipe de Gonzaga, hombre de unos veintiséis años, apuesto y de gran distinción, estaba jugando una partida de ajedrez con el marqués de Caylús, anciano de unos sesenta años y de aspecto terrible. El lugar era un amplio salón de aspecto antiguo, con

muebles venerables, vetustos y pesados, que daban un aspecto triste y melancólico a aquella sala mal iluminada por unos grandes candelabros, que sólo aciertan a iluminar la mesa de ajedrez en la cual el marqués de Caylús y el príncipe de Gonzaga están empeñados en una emocionante partida. Caylús, en aquellos momentos, acaba de dar jaque mate al príncipe de Gonzaga, y sin poder contenerse da un grito de alegría:

—¡jaque mate!... Príncipe, es la tercera partida que os gano.

El príncipe de Gonzaga dijo con tono adulator:

—Marqués, confieso que sois invencible.

El aludido se levantó de la mesa y cogiendo un candelabro con la mano para poderse alumbrar se dirigió a una de las grandes cabezas de jabalí que adornaba uno de los muros de la sala. Se detuvo unos momentos contemplándola silenciosamente, y luego dijo, como pensando en alta voz:

—El deporte de la caza... Ese sí que es un juego—se volvió hacia Gonzaga, e indicándole el jabalí, añadió—: Mirad; seis horas duró la persecución. Se hizo fuerte en las cuevas de Caylús. Y seis veces hundí mi cuchillo en su garganta. Una vez por cada hora...

El príncipe de Gonzaga no prestó demasiada atención. Se había dirigido hacia un cuadro no muy lejos de la cabeza del jabalí y le miraba con curiosidad. Parecía encontrar apasionante la belleza de la mujer que en él estaba retratada. Caylús continuó hablando sin darse cuenta de que su huésped apenas le escuchaba:

—Matar... No existe placer mayor. Escoger la víctima, perseguirla y sitiaria. Cozar viendo que quiere evitar lo que no tiene remedio. Hundir el cuchillo en su cuerpo mientras la sangre caliente brota de sus heridas...

Gonzaga seguía con la mirada fija en el cuadro, sin apenas reparar en sus palabras. Caylús se acercó hacia él y le dijo:

—Veo que estas historias de cazadores os interesan muy poco.

Gonzaga despertó de su sueño y dijo en son de disculpa:

—Os pido perdón, pero...

Caylús se fijó un momento en el cuadro que había estado mirando el príncipe e interpretó su silencio creyendo que pensaba en su hija y diciendo:

—Es su misma imagen.

Gonzaga expuso sus pensamientos:

—Puesto que habláis de Aurora, voy a deciros que vuestra hija lo es todo para mí. Mas, decidme, ¿La habéis consultado? ¿Creéis que ella consienta?

Caylús se irguió en toda su enorme estatura. Su voz sonó brusca y terrible al replicar:

—¿Consultado a mi hija? Deliráis, príncipe. Los Caylús no consultan. Ordenan.

Gonzaga temió haber despertado la cólera del viejo e intentó apaciguarle.

—Quizá no supe explicarme; mi deseo ha sido unir mi vida a la de Aurora siempre que ella tenga gusto en ello.

Para Caylús, el solo hecho de que pudiera dudarse de la fuerza de su voluntad, constituía casi una ofensa. Así, pues, dijo:

—Mi hija cumple con gusto todo cuanto le ordeno. Mañana, mientras os doy la revancha, podréis hablar con Aurora.

Tiró de la campanilla y apareció una camarera, Ana, a la que ordenó que acompañara al príncipe hacia la puerta y que hiciese venir a su hija. Gonzaga salió precedido de Ana. Caylús se quedó solo en el salón y dio unos pasos, murmurando para sí:

—¡Consultar!... ¡Un Caylús!... ¡Están locos!...

Se detuvo unos momentos en el cuarto. En aquellos momentos entró Aurora en el salón. Era Aurora una mujer de fascinadora apariencia. Alta, de ojos negros y el cabello azabache. Arrogante figura y distinguido andar. No podía ocultar que venía de madre española, de la que seguramente había heredado aquellos ojos negros insondables y fascinadores. Se quedó parada delante de su padre y le dijo:

—¿Me mandasteis llamar, padre?

Caylús se dirigió hacia donde estaba su hija al tiempo que decía:

—Es mi voluntad que aceptéis el nombre que os ofrece el príncipe de Gonzaga. Sí. Mi palabra está empeñada. Tratad de no contrariarme—como viera la sombra de estupefacción que se pintaba en el rostro de Aurora, añadió con brusquedad—: No os pido vuestra opinión, os lo ordeno, eso es todo.

Y con estas palabras salió del salón. Aurora, pálida y temblo-



rosa, vió alejarse a su padre. La voz de su doncella se oyó a su espalda. Esta le dijo:

— Señora. Ya es hora.

Aurora reaccionó y salió del salón seguida de la fiel Ana.

En la posada, mientras tanto, había ya varios espadachines más, sentados a la misma mesa donde escanciaban jarras de vino Cocardasse y Passepoil. Solamente se oían las voces de los espadachines que gritaban en interminable secuencia: «¡Posadero, más vino!». Cocardasse y Passepoil parecían presidir la reunión. Este, dirigiéndose a todos, gritó:

— ¡El diablo me lleve! Quien aquí nos ha citado sabe lo que está haciendo.

Su inseparable Passepoil completó la frase.

— Decís verdad. No es tan fácil unir ocho espadas como las que aquí se encuentran.

Uno de los espadachines agregó:

— Me temo que serán nueve, pues falta mi amigo Faenza, y os puedo asegurar que con la espada en la mano nada tiene que envidiaros.

Al terminar la frase se abrió la puerta del fondo. Entró Faenza que, yendo hacia la mesa, barbotó:

— ¡Por Sitanás, creí que no llegaba!

Cocardasse inquirió:

— ¿No dabas con la posada?

— Estaba a punto de perderme en ese bosque, mas por fortuna tropecé con un grupo de soldados y ellos me dieron razón — explicó Faenza.

Passepoil se mostró sorprendido.

— ¿Soldados en ese lugar?

— Sí. A media legua de aquí acampará un regimiento que comanda Lagardere.

Al oír el nombre de Lagardere todos se pusieron de pie y exclamaron excitados:

— ¡¡Lagardere!!

Cocardasse y Passepoil eran los más excitados de todos. Cocardasse preguntó:

— ¿Lagardere cerca de aquí?



Únicamente un espadachín parecía no conocer el nombre del famoso caballero, ya que preguntó con extrañeza:

—¿Quién es ese Lagardere?

Todos estallaron en una carcajada sonora. Parecían sorprendidos de que hubiera un ser que no conociese el nombre del primer tirador de espada en Francia. Hicieron comentarios burlones acerca de tamaña ignorancia. Les parecía harto extraño que no hubiera ni siquiera oído nombrar a un ser cuya fama traspasaba ya las fronteras del país y se había convertido en una especie de héroe legendario. Passepoil pareció resumir las palabras de todos, cuando dijo:

—¿Pero es posible que ignoréis a la más gloriosa espada que corta el aire de Francia?

Cocardasse empezó a contar la historia de Lagardere, de quien ellos habían sido maestros y al cual llamaban afectuosamente «nuestro pequeño»...

—Fui yo, hace cosa de diez años, quien puse por primera vez una espada entre sus manos.

—Y aun no había cumplido las diecisiete primaveras—dijo Passepoil—que nos batía, venciéndonos a los dos. ¿Os acordáis de la canción que fué su grito de guerra? Era así:

Cocardasse empezó a cantar y los demás le corearon. Al llegar el momento donde empezaba el estribillo se oyó la voz de Lagardere, que desde afuera lo entonaba maravillosamente por cierto. Se abrió la puerta y apareció el caballero Enrique de Lagardere. Era éste un hombre de alta y arrogante presencia, ojos negros, de mirada viva e imperiosa, cabello como ala de cuervo, caído descuidadamente en melena, y fino bigote sobre el labio superior. Todos le miraron escuchando el final de la canción. Al terminar ésta, todos gritaron a un tiempo entusiasmados:

—¡¡Lagardere!!

Passepoil y Cocardasse, llenos de alegría, de un salto se precipitaron a su encuentro. Passepoil gritó:

—¡Pequeño!

Cocardasse, como un eco, repitió:

—¡Nuestro pequeño!

El joven militar se acercó a la mesa, les cogió por los hombros y dijo:

—¡Cocardasse, Passepoil! Que la tierra me trague si pensé encontraros en lugar tan alejado de nuestro viejo París—luego, mirando a los presentes, añadió con sorna—: Mas, decidme, ¿qué es lo que hacéis aquí en tan «buena» compañía?

Cocardasse y Passepoil hablaron con aire misterioso:

—Una cita... de negocios.

Lagardere, que se acercaba a la mesa, dijo:

—Lo entiendo; esta noche habrá sarao y todos son de la fiesta...

Se acercó a la mesa, y al ver los jarros de los contentulios, dijo con su voz recia y jovial:

—Posadero, llenad pronto los vasos, que nos morimos de sed.

El posadero llenó nuevamente los vasos. Cocardasse, Passepoil y Lagardere hicieron un aparte y discutieron sus recientes progresos en el noble deporte de las armas. Principal cuestión que les absorbía por completo. Cocardasse le habló maravillado del tema de su conversación antes de su llegada:

—Parece cosa de brujas... estábamos comentando vuestras pasadas hazañas cuando vos aparecisteis...

Passepoil interrumpió, no queriendo ser dejado fuera del diálogo:

—Yo decía que en todo el reino de Francia no hay una espada mejor.

Lagardere interrumpió:

—Confieso que con la mía en la mano no tiemblo ante cien espadas. Mas—y aquí su frente se ensombreció—olvidasteis un detalle.

Los demás espadachines se habían callado y prestaban gran atención a la conversación. Cuando Lagardere hizo aquella pausa no pudieron menos de preguntar, casi al unísono:

—¿Cuál?

Lagardere replicó:

—¡La estocada de Nevers!

Todos se miraron extrañados, y Faenza, haciéndose el portavoz, preguntó un poco sorprendido:

—¿Qué queréis decir?

Lagardere explicó:

—Existe un hombre capaz de quebrantar mi defensa: ¡Ne-

vers! Tres veces crucé mi acero con él y tres veces fui tocado en plena frente. Tres veces consecutivas y sin poder enmendar mi guardia.

Saldaña y Faenza comentaron a dúo:

—¡Parece obra de brujas! ¿Y habéis encontrado medio de parar esta famosa estocada?

Lagardere sonrió satisfecho y contestó:

—De pararla y de volverla.

Todos, como movidos por un extraño impulso, preguntaron a coro:

—¡Explicadnos como es! Sí, sí, explicaos.

Lagardere ordenó al posadero que sirviera más bebidas. Luego, sonriendo alegremente, pidió con un ademán de la mano un poco de paciencia, al tiempo que les dijo:

—Antes quiero beber por quien venció a Lagardere: ¡Por el duque de Nevers!

Todos brindaron y bebieron, pero al tiempo de beber, una risa sombría iluminó sus semblantes.

En un aposento del castillo de Caylús, frío y sobriamente amueblado, Aurora y su camarera paseaban entretanto inquietamente. En un ángulo estaba la imagen del Crucificado y ante el cual se veía un reclinatorio junto a una cama donde duerme una niña.

Aurora, no pudiéndose contener, dijo a Ana:

—No está... (sus ojos examinan el aposento intentando descubrir la figura de un hombre).

Ana la tranquilizó diciendo:

—No ha de tardar. Desde París la jornada es larga...

Aurora se dirigió hacia la cama, y envolviendo en una cariñosa mirada a la niña que dormía plácidamente, musitó:

—Mira cómo sonríe, Ana.

—Es que los ángeles velan su sueño—replicó ésta.

En aquel momento tres golpes que sonaron en la puerta hicieron que el rostro de Aurora se inquietase. Luego reaccionó y dió su consentimiento.

Se abrió la puerta y apareció el duque de Nevers. Era un hombre alto, de apariencia arrogante y dominadora, cabellos cas-

taños, ojos azules y franca sonrisa. Aurora corrió a su encuentro y le besó apasionadamente.

—¡Felipe!... Por fin!—añadió con ternura.

—Ya nada podrá separarnos—dijo Nevers—. Hablé con el Regente y enterado de todo, nos ofreció su ayuda.

Aurora mostró en el semblante la inquietud y congoja que la invadía.

Nevers, extrañado, prosiguió:

—¿No te alegras? ¿por qué tiemblas?

—Felipe, durante tu ausencia...—explicó Aurora, no sabiendo cómo empezar.

—¿Qué?—cortó nervioso Nevers.

—Mi padre ha decidido casarme y en mi nombre ha empeñado su palabra.

—¿A quién?—preguntó con energía.

—Al príncipe de Gonzaga.

Nevers sonrió alegremente, como si sus temores se hubieran disipado.

—Ya ves. Hasta en eso ha querido Dios ayudarnos. Gonzaga es mi amigo, además de pariente. Cuando yo le explique, será el primero en ayudarnos.

Aurora parecía atormentada por terribles presentimientos.

—Tengo miedo por ti. Por nuestra hija...

Nevers la interrumpió con energía:

—Eres mi esposa y la mujer de un Nevers nada tiene que temer. Yo cuidaré de nuestra hija, en París estará a salvo de cualquier contingencia.

—¿Separarme de mi hija?—dijo Aurora desolada.

—Muy pronto—contestó con dulzura el caballero—estará de nuevo en tus brazos... y tú en los míos.

Aurora lo volvió a abrazar amorosa y apasionadamente mientras decía sollozando, pero con aire de resignación:

—Puesto que así lo quiere Dios...

Las restantes palabras quedaron ahogadas por el apasionado beso de Nevers.



## DOS ESPADAS UNIDAS

Mientras tanto, en la posada de Caylús, Lagardere y Faenza se batían a espada. Lagardere les estaba enseñando la famosa estocada de Nevers. En aquel momento, entre los entusiastas hurras de los espadachines, acababa de tocar en la frente a Faenza. Admirados todos, ante aquel golpe maestro, pidieron una ronda de vino para celebrarlo. Mientras brindaban se abrió la puerta y apareció Peyrolles. Era éste un hombre de siniestra apariencia. Bajo, caído de hombros, con andar incierto y mirada recelosa. Dirigió una mirada a todos los reunidos. Cocardasse, Passepoil y Lagardere estaban en un extremo de la mesa. Peyrolles, que no conocía a Lagardere, le confundió con uno de los alquilados sicarios. Al darse cuenta de su presencia todos enmudecieron instantáneamente. Peyrolles se dirigió a Cocardasse y preguntó:

—¿Son esos los hombres que habéis citado?

Cocardasse hizo un gesto afirmativo y agregó con orgullo:

—Los diez mejores aceros de todo el reino de Francia.

Peyrolles hizo un gesto de asentimiento y tiró sobre la mesa una bien repleta bolsa, en que se clavaron las codiciosas miradas de los espadachines, y exigiendo atención empezó a hablar:

—Esta noche, alrededor de las doce, en el castillo alguien cruzará los pasos para llegar a él. Antes de que lo logre...—hizo



un gesto, y calló indicando la acción de acuchillar—el dinero es vuestro.

Cocardasse y Passepoil discutieron. Indicaron con un ademán que aquel dinero no era suficiente y exigieron una mayor cantidad. Los restantes espadachines corearon su petición. Peyrolles pidió precio y Cocardasse exigió que cuadruplicara la cantidad.

—Jamás—gritó Peyrolles.

—Callasteis—indicó Cocardasse—que se trata de un insigna señor y que, además, sabe bien para qué sirve tener la espada en la mano.

—Es inútil. Puesto que rehusáis el precio que convinimos, no hay nada de lo dicho.

Y con estas palabras salió rápidamente de la estancia.

Surgió una indignada protesta por parte de los demás mercenarios espadachines. Estaban indignados por el fracaso de las negociaciones. Cocardasse, impertérrito, hizo un gesto con la mano.

—Volverá...

—Pagará bien, sabiendo que estamos en el secreto—añadió su inseparable Passepoil.

Lagardere, levantándose de la mesa, preguntó:

—¿Qué secreto? Si he comprendido bien se trata...

Cocardasse y Passepoil se levantaron también y éste dijo con ironía:

—El conversar con un gran señor.

E hizo un ademán indicando que la conversación sería con las espadas desnudas.

Lagardere pidió imperiosamente:

—¡Su nombre!

—Hace poco vos mismo lo pronunciasteis. Ahora podréis vengar aquella famosa estocada: Es Felipe de Nevers.

Lagardere se apartó bruscamente de ellos. Lanzó una desdenosa mirada a todos los presentes y les amonestó con furia:

—¡Asesinos!

Los espadachines hicieron ademán de desenvainar sus aceros. Cocardasse y Passepoil avanzaron hasta colocarse a su lado al tiempo que decían en tono de excusa:

—Pequeño. Los tiempos son muy duros. ¡De algo hay que vivir!

Lagardere, sin hacerles el menor caso, desenvainó la espada y luego se dirigió hacia la puerta al tiempo que gritó:

—¿Vivir?... No será por mucho tiempo... Cuantos me estáis oyendo, sabéis que yo, el caballero de Lagardere, prometo que el que se atreva a tocar un hilo de la ropa de Nevers morirá bajo el golpe de mi espada.

Su aspecto imponente y magnífico contuvo a los espadachines, que desenvainando las espadas intentaban cerrarle el paso. Contemplaban asombrados el arrogante aspecto de Lagardere, que corriendo la puerta tras sí se perdió en la obscuridad de la noche sin que nadie osara cortarle el paso. Antes de desaparecer, se volvió al asombrado grupo y les gritó:

—Y no olvidéis que Lagardere sabe cumplir su palabra...

Los espadachines reaccionaron de diversas maneras ante la marcha de Lagardere. Cocardasse y Passepoil, abandonando el grupo, retornaron a la mesa. Los demás hicieron irritados comentarios referentes a los mismos, a los que acusaron de haberles estropeado el asunto por su falta de tacto. Cocardasse y Passepoil no parecieron preocuparse lo más mínimo, antes al contrario su conversación se refirió únicamente a Lagardere, cuyo sentido del honor temían haber agraviado. Cuando los restantes aventureros se dirigieron a la mesa de Cocardasse y Passepoil, se abrió nuevamente la puerta y apareció Peyrolles. Llevaba en la mano una bolsa de cuero mucho mayor. Se dirigió a ellos y les habló así:

—¡Aquí está lo que exigisteis!

Cocardasse y Passepoil habían cambiado de opinión y encontraban aquella suma insuficiente. Al preguntarles Peyrolles si es que intentaban burlarse de él, Passepoil respondió:

—El ilustre caballero a quien «debemos presentar nuestros respetos» tiene ahora un amigo y un defensor.

—¿Un amigo?—interrumpió inquieto Peyrolles.

—Que vale por diez. ¡Enrique de Lagardere!—completó Passepoil.

—¿Lagardere?—repitió extrañado Peyrolles.

—¿Comprendéis ahora por qué es necesario doblar al menos las sumas que convinimos?—preguntó Cocardasse.

—¿Doblar la suma? ¡Jamás!

Y con gesto decidido volvió a marchar hacia la puerta. El resto de los espadachines, que no habían intervenido en la conversación, permanecían silenciosos, con expectación, sin atreverse a hablar. En esto se abrió la puerta por centésima vez aquella noche y apareció un hombre enmascarado y susurró unas palabras al oído de Peyrolles. Este, volviéndose nuevamente a Cocardasse y Passepoil, habló:

—¡Bien! ¡Acepto lo que pedís! Este hombre os llevará al lugar de la cita.

Todos se dirigieron hacia la puerta en pos del embozado. Cocardasse y Passepoil se quedaron a la zaga.

—¿Y nuestro pequeño? Antes de hacerle un rasguño daría mi mano a cortar.

Passepoil le miró burlescamente y le dijo:

—¿Y el cerebro? ¿Ya no os funciona? Mirad.

Desvainó la espada y puso un botón en la punta ante la mirada sorprendida de Cocardasse, que hizo un gesto de haber comprendido. Acercándose a Passepoil le besó en la frente. Luego los dos del brazo abandonaron la posada y marcharon en pos del grupo de espadachines.

En el castillo, Felipe de Nevers se despedía de Aurora. Esta cogió a la niña en sus brazos y la abrazó apasionadamente, diciendo:

—¡Hija mía! Algo me dice que no he de volver a verte.

—No digas tal cosa. Nuestra hija no corre ningún peligro

—replicó Nevers.

Aurora entregó la niña a su esposo, y apoyándose en el respaldo de la silla, dijo con voz entrecortada:

—Llévatela antes de que me abandonen las fuerzas.

Nevers la cogió, miró amorosamente a Aurora como queriendo darle ánimos y salió en dirección a la puerta. Aurora se volvió de cara al Crucifijo. Al oír el chasquido de la puerta al cerrarse, se arrodilló ante él y con voz suplicante oró:

—¡Dios mío! Protégelo...

Nevers, frente a la puerta ya cerrada, miró a todos lados y luego a una dirección determinada. Ya en el bosque, Nevers caminó llevando la dulce carga en sus brazos y con aire de pre-

ocupación. Al otro lado de éste, Lagardere avanzaba sigilosamente deteniéndose ante cualquier ruido sospechoso.

Y en otra dirección distinta, el grupo de espadachines avanzaba hacia su víctima. Nevers se detuvo al escuchar un ruido extraño y desenvainó la espada quedando a la expectativa. Lagardere, que había sido el autor del ruido, le advirtió:

—¡Deteneos!

Nevers no le reconoció y gritó:

—¡Atrás, si no queréis encontraros con mi espada!

E intentó avanzar en la dirección que caminaban los espadachines. Lagardere desenvainó su acero y le cortó el paso. Chocaron los aceros y Enrique habló:

—¡Por Satanás! Oídme: Enrique de Lagardere jamás ha dejado un golpe por contestar.

Nevers detuvo el ataque, exclamando sorprendido:

—¡Lagardere!

—Vuestro amigo, si me queréis escuchar—dijo él.

—Si venís en son de paz hablar presto—gritó Nevers.

Enrique se acercó y se apercebó que Nevers llevaba a la niña en los brazos.

—¡Dios mío! Hice bien en no atacar.

—No creo que sea el momento de contaros por qué me bato, llevando a mi hija en brazos—dijo Nevers.

—¡Vuestra hija! Creo haber llegado a tiempo para poder defenderos del peligro que corréis—dijo Lagardere.

—¿Peligro?—inquirió sorprendido Nevers.

—Alguien que no conozco os prepara una emboscada. No tenéis tiempo que perder, si queréis salvar la vida y la de vuestra hija.

La sorpresa de Nevers fué en aumento.

—¿Asesinarla? ¿Quién? ¡Silencio!

En aquel instante se oyeron los pasos de los espadachines que se acercaban por el bosque.

—¡Son ellos!—gritó Lagardere.

—Es mejor—habló Nevers—batirnos en retirada. Regresemos al castillo; allí, llegado el caso, mi amigo el príncipe de Gonzaga nos prestará mano fuerte. Seguídme.

Se dirigieron hacia el castillo. Los asesinos a sueldo habían



llegado ya a la parte alta de los fosos. Peyrolles se encontraba allí con otro embozado llamado Chaverny, que era jefe de un grupo distinto de mercenarios. Este ordenaba en aquel momento que rodeasen el lado opuesto de los fosos con objeto de coger a Nevers y a Lagardere entre dos ataques. Lagardere se echó al suelo y pegó el oído a éste. Luego se volvió a Nevers y habló:

—No hay duda, son dos grupos los que se están acercando.

—¿Si fuera posible penetrar en el castillo y avisar a Gonzaga!...—insinuó Nevers.

—¿Hacia dónde queda la entrada?—preguntó Lagardere.

—Al otro lado del foso—replicó Nevers.

—En ese caso es inútil. Seguidme. Detrás de estos maticos será más fácil sostenernos—dijo Lagardere.

Se acercaron a los fosos del castillo. Lagardere preparó un lugar donde la hija de Nevers pudiera estar segura. Nevers le entregó la criatura. Lagardere la colocó bien al resguardo y dijo con marcada emoción:

—Aquí estará segura.

Nevers miró a Lagardere con una leve sonrisa. Después le preguntó:

—De modo que estáis decidido a batiros por mí...

—Sin duda; un poco por vos y un mucho por la niña—dijo éste.

—Enrique de Lagardere—habló Nevers con emocionado acento—Jamás olvidaré vuestro gesto, y si salgo con vida de este lance...

—Duque—interrumpió Lagardere—. No lo dudéis.

—Pero, ¿y si muero?—preguntó Nevers.

—Juro ser un padre para ella—prometió Lagardere.

—Tomad—dijo Nevers con voz velada—. Las hojas que arranqué del registro de la iglesia donde uniera mi destino al de Aurora de Caylús y el acta de nacimiento de mi hija, que habéis jurado guardar. Si muero, estas pruebas serán su seguridad. ¡Dadme vuestra mano!...

Se estrecharon las manos y después se abrazaron emocionados. En aquel momento se oyeron voces que gritaban: «¡Contra ellos!», «¡Atacad!» Lagardere y Nevers desenvainaron nuevamente las espadas y se prepararon para la lucha. Era tiempo. Por



ambas partes llegaban grupos de espadachines espada en mano entre los gritos de «¡sin cuartel!» y «¡tirad a fondo!». Lagardere y Nevers se arrojaron con furia contra los recién llegados; el primero gritó a Nevers:

—No os separéis de mi lado. Aislados llevamos las de perder —luego, volviéndose a los espadachines, gritó con furia—: ¡Acercaos, asesinos!

Se inició un vivísimo combate en el que Lagardere y Nevers estaban materialmente rodeados de enemigos. En una espléndida tirada a fondo, Lagardere atravesó el corazón de un espadachín y gritó a Nevers, dándole ánimo: «¡Uno!». Este, con un rapidísimo movimiento, desbarató la guardia de un contrario y le atravesó la frente, y luego gritó, en contestación: «¡Dos!». Ante el ataque enconado de los espadachines, Nevers y Lagardere se fueron separando poco a poco. Nevers fué arrastrado hacia los muros y llevado cerca de una puertecilla que en ellos había. Lagardere atravesó el pecho de un adversario y cantó «tres». Luego volvió la vista hacia Nevers y le vió apoyado contra el muro y en lucha apurada contra nuevos adversarios.

—¡Aguantad firme! —le gritó—. ¡En seguida estaré con vosotros!

Peyrolles y el enmascarado contemplaron a través de una mirilla de la puertecilla las incidencias del combate. Este exclamó:

—¡Por Satanás! Llegó el momento de intervenir.

Peyrolles intentó detenerle diciéndole:

—Monseñor... No os arriesguéis.

El así llamado replicó:

—El riesgo es mucho mayor si Nevers sale con vida.

Abrió la puerta, desenvainó la espada y avanzó a situarse a la espalda de Nevers. Lagardere, que en aquel momento había vuelto la cabeza y vió lo que iba a ocurrir, gritó angustiado a Nevers:

—¡Duque, defendeos!

El enmascarado atravesó con su espada la espalda de Nevers mientras Lagardere contemplaba impotente cómo éste caía herido. Al caer, Nevers volvió el rostro y al contemplar la cara del asesino, cuyo embozo cayó un instante, dijo con profundo asombro:

—¡Tú! —se volvió a Lagardere, que luchando como un león

se abrió paso hacia él y con voz velada, le habló—: ¡Lagardere, hermano! Acuérdate y véngame.

Cuando terminó de pronunciar esta palabra, su faz se contrajo en una horrible mueca y quedó muerto por aquella espada traidora y asesina. Lagardere miró a Nevers y luego gritó con voz preñada por la ira:

—¡Ante Dios lo juro! Todos cuantos están aquí habrán de morir por mi mano.

El enmascarado gritó a sus sicarios:

—¡A él!

Lagardere se lanzó contra el embozado. Pero al ser atacado por los espadachines: de un salto ganó el lugar donde estaba la niña y tomándola en sus brazos salió por la parte contraria del foso. El embozado, testigo de lo que ocurría, gritó:

—Es la hija de Nevers. Impedid que se la lleve.

Y avanzó hacia Lagardere. Este subió el montículo de los fosos perseguido por el embozado a la cabeza de sus asesinos. El enmascarado le alcanzó y se cruzaron los aceros. Pero una estocada de Lagardere le produjo una ancha herida en una mano que le obligó a soltar la espada. Lagardere gritó ante todos los presentes:

—Asesino. Tú ordenastes esta villanía. ¡Tú! ¡Cobarde! Que asesinas por la espalda. Quienquiera que seas, tu mano guardará la marca de tu acción infamante, y en cualquier parte que estés, yo sabré reconocerte. Y acuérdate que cuando suene la hora, si tú no vas adonde está Lagardere, Lagardere irá a buscarte.

Una vez dichas estas palabras desapareció de la vista de los espadachines, que se quedaron atónitos ante el valor de aquel hombre mientras el desconocido intentó vendar su mano y contrajo a duras penas un gesto de dolor.

### AURORA DE NEVERS

Desde aquella memorable noche han pasado diecisiete años. En el salón privado del Regente de Francia, éste Felipe de Orleans, recibe la visita del príncipe Felipe de Gonzaga. Es el príncipe de Gonzaga un hombre de agradable presencia, llevaba una empolvada peluca al uso de la época; su continente es algo receloso y sus maneras en extremo serviles. Una ancha cicatriz cruza el dorso de la mano derecha. Era el Regente un hombre de unos cuarenta y cinco años, su rostro denotaba las huellas que los placeres inmoderados le habían producido. Sin ser un hombre viejo se le veía cansado y prematuramente agotado. Estaban ambos de pie, enfrente de unos sillones y al lado de una amplia chimenea. El Regente volvió la cara hacia Gonzaga y dijo:

—Príncipe, hace diecisiete años que el duque de Nevers perdió la vida y vos sabéis que hice cuanto estaba en mi poder por esclarecer el misterio que rodeó su muerte... Todo fué en vano... y lo que es más doloroso, nadie ha podido averiguar la suerte que corrió su hija, que desapareció la noche misma del crimen...

Al terminar estas palabras, el Regente se sentó, como si el pronunciar aquellas palabras le hubiesen agotado. Gonzaga se le acercó y replicó:

—Altera, este último punto ha dejado de ser un misterio. La hija de Nevers ha muerto.

El Regente, sorprendido, se puso en pie de un salto y dijo:  
—¿Muerta?

Gonzaga sonrió tristemente antes de aclarar:

—Durante diecisiete años he dedicado la vida a reunir las pruebas que ahora poseo, ya que, por la razón misma de haber hecho de la viuda de Nevers mi esposa, no faltaron almas perversas que insinuaron... que siendo la fortuna de Nevers de las más grandes del reino y yo su natural heredero...

El Regente le interrumpió con voz airada:

—¡Es insensato!

—Ahora comprendéis por qué durante tantos años—prosiguió Gonzaga—he renunciado a mis derechos sobre la herencia hasta conseguir las pruebas de la muerte de la hija de Nevers para mostrarlas ante el Consejo de Familia que os ruego que presidáis.

—La memoria de Nevers y los lazos de amistad que me unen a vos y a vuestra esposa la princesa me crean el deber de daros una reparación... El Consejo será convocado.

En el rostro de Gonzaga apareció una sonrisa de triunfo.

—En cuanto a la impunidad que goza el asesino del duque... —prosiguió el Regente.

—Monseñor, crimen tan monstruoso no puede quedar impune —le interrumpió dramáticamente Gonzaga—. Yo encontraré al asesino—y con la mano sobre su corazón dijo—: Os lo juro.

Al llevarse la mano al corazón, resaltó aún más la roja cicatriz. Hizo una cortesana reverencia y desapareció con aire satisfecho de la cámara.

Mientras tanto, en una pequeña casa de la ciudad de París, ha tomado habitación el caballero Enrique de Lagardere. Después de viajar durante diecisiete años por toda Europa ha vuelto a su patria. Pero no ha venido solo. Una bellísima joven le ha acompañado. Es Aurora de Nevers, la misma joven que el príncipe de Gonzaga asegura que ha muerto. Es el único estorbón que impide que la fortuna de Nevers pase a su poder y que tras haber logrado testimonios falsos, se propone ahora reclamar. Se ha abierto la puerta del vestíbulo y Lagardere sube por las escaleras en dirección a su aposento. Llegó a éste, se sienta en una mesa y sa-



cando una lista escrita en un ahoja de pergamino la examinó. C cogió una pluma, y mojándola en un tintero, se aprestó a escribir algo. Con mano firme y pausada substituyó una por un nombre: Gonzaga. En aquel momento sonaron unos golpes a la puerta. Lagardere escondió precipitadamente el pergamino. Luego dijo:

—Adelante.

Se abrió la puerta y apareció Aurora. Lagardere exclamó sorprendido:

—¡Aurora!

Es ésta una hermosísima mujer. Alta y arrogante. Con unos enormes ojos negros, unos labios maravillosamente dibujados y el cabello blanco y negrisimo cual azabache. Su paso es grácil y su porte encierra una majestad innata. Se acercó a Lagardere, que la contempló cariñosamente, diciendo:

—Perdonad; pero estaba inquieta.

—Hija mía, os alarmáis sin motivo. ¿No queréis comprender de una vez que...?

—Enrique—interrumpió Aurora—, dejad de hablarme como a una niña. Hace poco he podido darme cuenta de que un misterio rodea nuestras vidas y que un gran peligro os amenaza...

—Os aseguro...—dijo Lagardere queriendo tranquilizarla.

—No... a pesar de cuanto habéis hecho por mí, para que mi infancia fuera dichosa, no he dejado de comprender que una amenaza se cieme sobre nosotros. Recordad cuántas veces, en el curso de mi vida, hemos abandonado repentinamente una ciudad cual huyendo de ella. Cruzando fronteras persiguiéndonos un peligro desconocido. Y ahora, desde que hemos llegado a París, siento que el peligro es mayor. Casi nunca estáis a mi lado. Os ausentáis durante noches enteras y en el día tampoco venís a verme. Perdonadme, no quiero apenaros..., pero sufro el sentimiento incapaz... ¡quisiera tanto poder ayudaros!

Lagardere se levantó, tomó paternalmente las manos de Aurora y le dijo:

—Aurora. Comprendo que ya no sois una niña y tenéis derecho a saber la verdad. Hace diecisiete años juré a un hombre cobardemente asesinado velar por su hija y vengar su muerte. Dios es testigo de que he hecho cuanto en mis manos estaba para que aquella niña se transformara en una mujer digna del ilustre nom-



bre que lleva. Ahora tengo motivos para creer que el padre será vengado y de que vos, Aurora, recobraréis muy pronto a vuestra madre.

—Mas yo no quiero separarme de vos...—interrumpió dulcemente Aurora.

—Pensad en vuestra madre; tan sólo ha vivido sostenida en la esperanza de recobraros un día...—dijo Lagardere.

—Si mi madre es tal como la he soñado—replicó Aurora—, no hará que me separe de vos...

—Dios tiene en sus manos vuestro destino y el mío; en Él debemos confiar. Esta noche, si logro el fin que persigo, habremos dado un gran paso.

—¿Vais a dejarme otra vez?—preguntó trémulamente Aurora.

—Es necesario, Aurora. Ahora que conocéis la verdad, sed fuerte y tened confianza en mí.

—Como la tengo en Dios—afirmó ésta.

Aurora se acercó a Lagardere y le ofreció sus labios. Lagardere, haciendo un esfuerzo de voluntad, la besó en la frente. Luego, cogiéndola dulcemente por el brazo la condujo hacia la puerta. Una vez allí se quedó contemplando cómo Aurora se dirigía hacia su habitación. Penativo, cerró su puerta y se dirigió a la mesa.

En aquella misma hora, en su palacio, el príncipe de Gonzaga da una fiesta a sus secuaces de antaño. Aquel grupo de espadachines que diecisiete años antes vimos luchar junto a los toros del castillo de Caylús han mejorado mucho de apariencia externa. Vestían elegantemente y tenían todo el aspecto de los hombres que han prosperado en la vida. Poymlles, Faenza y Saldafia hubieran podido ser confundidos por unos opulentos caballeros. Estaban reunidos con cinco elegantes cortesanos. Bebían, cantaban y reían. La jovialidad reinaba en la fiesta. A los postres, casi ebrios, brindaron por su generoso anfitrión, el príncipe Gonzaga. Faenza se hizo el portavoz de la compañía y gritó con estentórea voz:

—Brindo por nuestro anfitrión y protector, el príncipe de Gonzaga.

Su brindis fué coreado entusiásticamente por todos los pre-

senes con gritos de «¡Viva Gonzaga!» «¡Viva nuestro protector!». Gonzaga se levantó sonriente y les dijo:

—Señores, agradezco vuestro brindis, en el cual Faenza me ha designado con el nombre de protector. La verdad es que he hecho cuanto he podido para asegurar vuestra fortuna. Y sin embargo, pienso hacer mucho más en favor de todos vosotros. Mañana, según los planes que conocéis, tendrá lugar un Consejo y entraré en posesión de la fortuna de Nevers. De sobra sabéis que en todo momento podéis contar con mi apoyo. ¿Puedo yo contar con el vuestro?

Los gritos de «¡Sí!, ¡sí! ¡hasta la muerte, le respondemos con la vida!» interrumpieron el final de sus palabras, dándole a entender que podía depositar su confianza en aquella cuadrilla de desalmados asesinos, que le defenderían hasta el último instante. Satisfecho gritó a un criado:

—¡A ver, que llenen de nuevo las copas y que entren los músicos!

Se abrió la puerta y entraron cuatro músicos, precedidos por un bufón jorobado, que se detuvo y observó el salón. Las cortesanas se agruparon en torno suyo al tiempo que gritaron: «Un jorobado, eso trae suerte, deja que te toque tu joroba». Como todas quisieran tocar la joroba al mismo tiempo, el jorobado dijo jocosamente:

—Con calma que para todos alcanzará mi joroba.

Rieron todos aquella ocurrencia, y uno de los espadachines llamado Oriol, que había bebido más de la cuenta, se puso en pie y gritó:

—¡Silencio! ¡Silencio! Pido un viva para nuestro visitante: ¡¡Viva Esopo III!

Todos corearon aquel viva. El jorobado sonrió y replicó un poco burlonamente:

—Gracias, señores; veo con placer que sois de instinto más fino de lo que yo imaginaba.

Le preguntaron a qué se dedicaba, que cuál era su especialidad. Si sabía cantar romances, si recitaba poesías; en una palabra, cuál era su gracia característica.

El jorobado replicó con cierta ironía, a la vez que hacía un gesto ambiguo:

—Sé hacer de todo un poco. Doy alegría a los tristes. Y tristeza a los alegres. Conozco romances de los poetas del pueblo. En los rostros y en las líneas de la mano leo el pasado y adivino el porvenir.

Oriol le interrumpió:

—Más vale que nos cantes una romanza: veremos si tus canciones valen más que tus sermones.

El jorobado entonó una canción que pareció interesar a todos los presentes. Tenía una hermosa voz de barítono, bien timbrada y aterciopelada. El rostro del jorobado era extraordinariamente atractivo y contrastaba enormemente con aquel deforme cuerpo. Sus ojos recorrieron con interés a todos los presentes, observando detenidamente sus reacciones, mientras entonaba su canción. Cuando concluyó ésta estaba serio, reflejando sin duda la preocupación que sentían. Oriol fué el primero en romper el silencio. Y dirigiéndose al jorobado observó:

—Es lúgubre tu canción.

El jorobado se acercó a Oriol y replicó:

—¿Queréis una más alegre?

—Prefiero no oír tu voz—replicó de mal talante Peyrolles.

El ambiente de alegría que había en la habitación antes de entrar el jorobado parecía haberse disipado, dejando lugar a una gravedad cargada de funestos presentimientos. Acaso aquella canción había despertado la conciencia al grupo de espadachines, recordándoles aquella trágica noche, diecisiete años antes, cuando otro motivo les había conducido a Caylús. Una de las cortesanas, queriendo disipar aquella tensión un poco violenta, se acercó al jorobado al tiempo que dijo:

—Jorobado, sé gentil y dime. ¿Qué ves en mi mano?

El jorobado tomó y observó atentamente, prestándole exagerada atención, aquella bien cuidada y marfileña mano. Luego dijo con sorna:

—Tan sólo veo el amor... Para ser más exacto tres amores a la vez.

Todos rieron aquella ocurrente respuesta y la cortesana, tomando la mano de Saldaña, que parecía ser el adorador de turno, se la mostró al jorobado al tiempo que dijo:

—¿Y en esta mano qué ves?

El jorobado la observó con atención y respondió con voz que tenía un deje profético:

—Del pasado será mejor no hablar; no es justo turbar vuestro buen humor. En cuanto al porvenir casi no distingo nada...

—¿Qué quieres decir?—preguntó asustado Saldaña.

—Que sólo veo una noche interminable—respondió el jorobado.

—¡Suelta mi mano, ave de mal agüero!—gritó Saldaña, retirándose apresuradamente.

Gonzaga contemplaba muy interesado la escena. Saldaña, asustado, miraba de reojo a Faenza, que se había quedado pálido. Este último no se pudo contener y gritó airadamente contra el jorobado:

—Ese charlatán me aburre—dijo a Gonzaga, como disculpándose; luego gritó, dirigiéndose al jorobado—: ¡Vete!

Apoyó sus palabras con un vigoroso empujón, que hizo vacilar al contrahecho. Este hizo ademán de retirarse, pero Gonzaga se lo impidió.

—Un momento. ¿Qué es lo que nos cantastes?

—Una queja que aprendí por esos caminos de Dios—replicó el jorobado—. También os puedo cantar el romance de la huérfana encontrada y del terrible testigo... es muy bonito, señor, en verdad; conozco más de trescientos.

—Tu ciencia es inagotable—comentó Gonzaga—. ¿Aceptas quedarte aquí? Me gustaría saber lo que encierra tu joroba—al ver el gesto de afirmación que apareció en el rostro del jorobado, se volvió a Peyrolles y le dijo—: Peyrolles, preparareis un pergamino que acredite a nuestro Esopo al servicio de palacio.

Los ojos del jorobado despidieron un destello de alegría. Se volvió hacia Gonzaga diciendo:

—Además de gran señor, sois príncipe generoso...

—Generoso para quien sabe servirme—insinuó sonriente Gonzaga.

—Me atengo a vuestra sabia justicia—replicó adulator el jorobado.

—Ahora puedes retirarte..., pero quiero prevenirte que sólo gusto de las romanizas alegres.



Gonzaga alargó su mano al jorobado. Este la tomó, observó la cicatriz y miró furtivamente a Gonzaga. Luego hizo ademán de llevársela a los labios, pero no llegó a besarla. Retrocedió.

—Con vuestra venia, señor.

Y salió del salón.

Gonzaga llamó a Peyrolles y le dijo al oído:

—Que no lo pierdan de vista...

## EL JOROBADO

Al día siguiente, en la antosala del príncipe de Górzaga estaban Cocardasse y Passepoil discutiendo con un criado, que les decía:

—Puede que el señor de Peyrolles se digne recibirnos. Tened a bien aguardar.

Cuando quedaron solos, después de haber marchado el criado a anunciarles, comentó Passepoil con tono ligeramente retador:

—¿Habéis oído, Cocardasse? El señor de Peyrolles puede que se digne recibirnos...

Recalcó intencionadamente estas palabras.

—No sabe con quién está hablando—dijo con tono burlón Cocardasse.

El criado reapareció en aquellos momentos y miró con aire de extrañeza a los recién llegados. Tras él apareció Peyrolles. Passepoil hizo un gesto a Cocardasse y ambos se dirigieron hacia Peyrolles.

—Juraría que es nuestro amigo el buen señor de Peyrolles—dijo algo burlonamente y ligeramente incrédulo Passepoil.

—En carne y hueso—concretó Cocardasse.

—Sólo que con más huesos que carne—prosiguió Passepoil. Peyrolles, que había escuchado un poco molesto estas chan-



—¡Por el Duque de No-  
vers!



Enrique de Lagardere,  
la arrogante creación de  
JOSE NEGRETE



—¿Son esos los hombres que habéis citado?



—El riesgo es mucho mayor si Novera sale con vida.





— Enrique de Legardere jamás ha dejado un golpe por contestar.



— Aurora de Nevers.



—No os separéis de mi lado. Atacad a fondo.



—entró un buido jorobado que observó el salón.



—Que sólo veo una  
noche interminable.



—¡Señor, ya he sufrido  
bastante! ¡Tened piedad  
de mí!



—Mas que a mi propia  
vida.



—Sí, creo que su hijo  
vive.





—¿Dónde está Aurora?



—Su nombre es Enrique de Lagardere.



—Tengo mis pruebas y  
mis testigos.



—Ya nada podrá sepa-  
rarnos.

zas que entre sí cruzaban aquellos inseparables espadachines, cortóles con brusquedad algo picado:

—Basta de bromas. El señor de Gonzaga os toma bajo su protección.

—Siempre creí que nuestro príncipe tenía buen corazón —dijo Passépail.

—Y muy buena memoria... —añadió con intención Cocardasse.

—Si sabéis ser discretos, viviréis aquí y nada os faltará —prosiguió Peyrolles.

—Quien ha sabido guardar un secreto durante diecisiete años... —aseveró Passépail.

—Y con el estómago vacío... —confirmó Cocardasse.

Peyrolles, indicando la puerta, les conminó resueltamente:

—Bien. Seguidme.

\* \* \*

El aposento de Aurora de Caylús, viuda de Nevers y princesa de Gonzaga, estaba en el propio palacio de éste. Tenía una puerta que comunicaba con una pequeña antesala y otra puerta que comunicaba con el resto de las habitaciones privadas de la princesa. El aposento estaba sobriamente amueblado. Era de aspecto rígido y ascético. Tenía un reclinatorio frente a un Crucifijo fijado en un muro. Un «secrétaire» con dos sillones severos completaban la sala. En una pared había un retrato al óleo de Felipe de Nevers. Nuestro anterior conocido, el jorobado, entró con un libro de orar en una mano. Miró en todas las direcciones cautelosamente y se deslizó hacia el reclinatorio, donde colocó el libro. Al oír de pronto la voz de la princesa de Gonzaga, se dirigió apresuradamente hacia la puerta por donde había entrado y desapareció. En aquel momento la princesa decía:

—Entrad, monseñor.

Se abrió la puerta y aparecieron en el dintel Aurora de Caylús y el cardenal de Bissy. Aurora de Caylús no era ya la espléndida mujer de diecisiete años antes. Los sufrimientos de diecisiete años habían dejado honda huella en el bellísimo rostro de antaño. Y sus negros ojos, sin el fulgor de antes, estaban apagados y mi-

raban con tristeza. Unicamente su figura seguía teniendo el majestuoso porte que el peso de diecisiete años no había logrado doblegar. Llegaron a los sillones y tomaron asiento. El cardenal de Bissy, hombre ya entrado en años y de bondadosa apariencia, empezó a hablar:

—Señora, quiero expresar mi agradecimiento por haberos dignado a recibirnos. Si me he permitido turbar unos instantes la paz y el retiro en que vivís recluida, es tan sólo porque la comisión de que soy portador es de la más grande importancia.

—Hablad, cardenal—dijo la princesa—. Si traéis el encargo de insistir cerca de mi persona para que asista al consejo de familia, tendré que repetiros lo que ya dije.

—Señora, reflexionad—aconsejó el cardenal—. El propio regente, que como sabéis fué el mejor amigo de vuestro difunto esposo, que Dios tenga en su gloria, está interesado en dar una solución adecuada al actual estado de cosas. El príncipe tan sólo desea presentar las pruebas de que vuestra hija ha muerto para que, con la resignación, vuelva la paz a vuestro espíritu.

—Lo que el príncipe quiere es legitimar la sucesión de los bienes del duque de Nevers, que en vida fuera mi esposo y lo sigue siendo en espíritu—dijo con voz suave y reposada la princesa de Conzaga—. Las cosas de este mundo, tiempo ha, me dejaron de interesar.

—Perdonad mi insistencia—prosiguió el cardenal—. Pero es necesario que os dignéis asistir a este Consejo. El regente está con vos y acordará cuanto queráis.

—Nada quiero—suspiró con voz sorda la princesa—, a no ser que respeten mi dolor y no turben mi soledad.

El cardenal intentó un último y desesperado esfuerzo por convencerla. Pero la princesa de Conzaga, levantándose de su asiento, dió por concluida la entrevista. El prelado se levantó a su vez y se dirigió hacia la puerta al tiempo que hacía una ligera inclinación. Cuando la princesa quedó sola se dirigió hacia el cuadro de Nevers y se quedó contemplándolo unos instantes. Luego se dirigió hacia el reclinatorio y se arrodilló. Dirigió los ojos al Cristo y dijo con voz suplicante:

—¡Señor! Ya he sufrido bastante. Tened piedad de mí.

Lentamente bajó la cabeza. Tomó el libro y con sorpresa notó



que habían unas palabras escritas al margen. Las leyó en voz alta y sin dar crédito a lo que sus ojos veían: «Vuestra hija vive; asistid al Consejo y acordaros... Es la voz de Nevers que os llama: Heme aquí». Aurora no pudo continuar. Dejó de leer, y clavando sus ojos angustiados en el Crucifijo, dijo sollozando con la voz velada por la emoción: «¡Hija mía!... Santo Dios... dame fuerzas...».

\* \* \*

Es en el salón del Consejo del palacio. Hay una gran mesa con cinco sillones. El del centro, que es el de mayor importancia, está reservado al regente de Francia. A la izquierda hay varios sillones, donde se sentarán los amigos de Gonzaga y varios dignatarios y amigos de la familia de Nevers.

Han tomado ya asiento en ellos. El Regente ha inaugurado la sesión. Uno de los dignatarios, con voz grave y monótona, está leyendo lentamente:

—Señores: el Consejo reunido aquí y presidido por su alteza real el Regente de Francia, en su calidad de pariente más cercano de Felipe de Nevers, se constituye en Corte soberana para fallar sobre todas las cuestiones relativas a la sucesión del difunto duque de Nevers.

Mientras el dignatario hacía esta relación, Gonzaga y Peyrolles hablaban entre sí en voz baja.

—Antes de dar comienzo a los debates—continuó el lector—, es deber de este tribunal llamar a una de las partes más directamente interesadas en este Consejo... La princesa de Gonzaga, viuda de Nevers...

El sillón de la princesa se hallaba vacío. El cardenal de Bissy se levantó y dijo:

—La princesa de Gonzaga, habiéndose excusado, no asistirá al Consejo y, por lo tanto, propongo nombrar un procurador.

Mientras hablaba el cardenal, Gonzaga dirigió a sus cómplices una significativa mirada. Mas de pronto sus ojos reflejaron la profunda sorpresa que sintió al abrirse la puerta y aparecer en su umbral, con paso enérgico y decidido, con mirada arrogante y refadora, la princesa de Gonzaga, que avanzó hacia el centro del

salón. Pareció haber escuchado las últimas palabras del cardenal, pues dijo con voz clara y firme:

—Señores, es inútil nombrar quien me represente. Aquí estoy.

Con paso majestuoso caminó hasta ocupar el sillón que le estaba reservado.

—No existiendo ningún obstáculo para la persecución de este consejo, autorizamos al príncipe para que exponga lo que quiero establecer en hecho y en derecho.

Gonzaga púsose de pie, y dirigiéndose a la concurrencia, empezó a hablar con voz grave y mesurada:

—Ante todo, quiero dar las gracias a los que en esta ocasión han honrado a nuestra familia con su atención deferente: a su Alteza el Príncipe-Regente, en primer lugar; en segundo lugar, a vos, señora, que olvidando vuestro amor a la soledad os habéis dignado desender hasta el nivel de nuestros pobres intereses humanos. Felipe de Lorena, Duque de Nevers, era mi primo por su sangre, mi hermano por el corazón: Nevers murió antes de que se pudiera contar su quinto lustro. Han transcurrido diecisiete años desde aquella noche fatal y no han bastado para disminuir nuestro dolor... Su memoria vive en mi corazón. Su memoria viva y eterna, como el luto de la noble mujer que no desdénó llevar mi nombre después del nombre de Nevers.

Durante todo aquel relato la princesa de Gonzaga había permanecido impassible, sin que su rostro denotara la menor sensación ni la más pequeña emoción. El jorobado, caminando por un pasillo interior, se había ido a colocar tras unos cortinones próximos al sillón que ocupaba Aurora de Caylús. Algún leve rumor debió producir al mover las cortinas, pues la princesa de Gonzaga se volvió imperceptiblemente hacia el lugar que se había oído el ruido y un destello de satisfacción pasó por sus ojos, pero repentinamente al instante, volvió a tomar aquella expresión impassible que la convertía en un ser inescrutable.

—Señores... fué al aceptarme como esposo cuando la princesa de Gonzaga declaró su casamiento secreto, pero legítimo, con el difunto duque de Nevers.

En aquel momento la princesa volvió el rostro hacia el cortinaje, que se movía casi imperceptiblemente.

Gonzaga prosiguió su perorata:

—Asimismo declaró la existencia de una niña, fruto de aquella unión... las pruebas han desaparecido... quisiera que la princesa de Gonzaga prestara a mis palabras la autoridad de su adhesión.

En aquel instante, el cardenal, levantándose de su puesto preeminente, habló:

—¿La princesa de Gonzaga no desmiente esta declaración?

La princesa guardó silencio. Gonzaga, aprovechándolo, prosiguió:

—Durante diecisiete años he buscado sin descanso a la hija de Nevers... para devolver la paz a su madre... mis esfuerzos han dado su fruto. Un fruto amargo, pero menos cruel que la duda... a vos, señora, y a este digno Consejo, digo con el corazón destrozado: ¡La hija de Nevers ha muerto!...

Todos guardaron silencio. La princesa, levantándose, preguntó, incrédula:

—¿Tenéis alguna prueba?

—El testimonio de diez emisarios que durante varios años siguieron su pista por toda Europa.

La princesa le atajó, con un dejo despectivo:

—¡Vuestros emisarios! ¡No es cierto!! Sólo aceptaré como prueba la hoja que fué arrancada por mi propia mano del registro de Cayús.

Gonzaga la interrumpió nervioso:

—Señora, Se os presentará esa prueba. ¿Dudáis acaso de nuestra veracidad? ¿Creéis que vuestra hija no ha muerto?

En aquel momento, el jorobado, que desde detrás de los pesados cortinajes oía toda la discusión, musitó al lado de la princesa:

—¡No!

La princesa repitió la contestación que le inspiraba aquella voz misteriosa.

Todos quedaron asombrados. El Regente, acusando sorpresa, inquirió:

—Señora... ¿tenéis algún motivo que os haga suponer que vuestra hija vive?

Aurora siguió hablando conforme le iba indicando su oculto auxiliador:

—Sí. Creo que mi hija vive.

El Consejo reaccionó acusando marcada incredulidad, así como los demás existentes, entre los que se contaban los amigos de Gonzaga. Aprovechando el tumulto originado, el jorobado logró musitar cerca del oído de la princesa y escondido entre los cortinones:

—Esta noche, en el baile del Regente, atención a la divisa de Nevers.

En aquel momento Peyrolles vió algo anormal en la actitud expectante de Aurora o hizo una disimulada seña a Saldaña y Faenza para que salieran al corredor y cogieran al intruso que suponían.

El Regente decía en aquel momento:

—Señores... en vista de lo expuesto, se suspende por el momento este Consejo, que se reunirá nuevamente dentro de tres días. Veremos si se presentan como prueba fehaciente las páginas del registro de Caylús, haciendo posible el fallo...

Gonzaga aceptó la propuesta y Aurora de Nevers habló en son de reto:

—Acepto también la decisión.

El Regente levantó la sesión. Saldaña y Faenza, que en aquel momento se deslizaban por los cortinajes a la captura del invisible alentador de la princesa, llegaron a tiempo para ver una sombra que se deslizaba volviendo el corredor. Haciéndose una mutua señal de inteligencia, se lanzaron en su persecución.



### ¡LAGARDERE!

En la mañana del otro día, en sus aposentos privados, Gonzaga paseaba nerviosamente de un lado a otro, mientras hablaba con Peyrolles.

—No acierto a comprender este cambio repentino en la actitud de Aurora. Detrás de todo esto se oculta un misterio que debemos aclarar. Debemos averiguar quién es el que se interpone a mis planes.

Peyrolles indicó con perplejidad:

—Señor; ayer, durante el Consejo, creí ver a alguien junto a la princesa detrás de los cortinajes...

Gonzaga detúvose bruscamente:

—¿Estás seguro? Pero eso es absurdo.

Peyrolles continuó:

—Tan seguro que ordené a Soldaña y Faenza que salieran y vieran de quién se trataba... Seguramente estarán ahora en la antecámara para darme cuenta de sus averiguaciones.

Dando una confirmación algo macabra a sus palabras, en aquel momento entraron en el aposento Oriol, Cocardasse y Passepoul. El primero parecía haber intentado detener a nuestros antiguos conocidos. Al verse en presencia de Gonzaga ambos se detuvieron. El príncipe habló:

—¿Qué sucede?

Passepoil indicó a Cocardasse como invitándole a hablar. Este, por fin, lo hizo:

—Yo... no, éste, es decir... los dos... veníamos hacia acá, cuando al cruzar por el Puente de Saint Denis, vimos dos cuerpos tendidos.

—Nos acercamos y pudimos comprobar que ambos estaban muertos—aclaró Cocardasse.

—De una estocada en la frente—afirmó Passepoil.

—Aquí, entre los ojos—finalizó, llevándose las manos al herido lugar, Cocardasse.

Gonzaga hizo un gesto de extrañeza. Pareció como si él fuese completamente ajeno a ese incidente y no parecía comprender la alusión. Por lo cual preguntó con voz despreocupada:

—¿Y qué tiene que ver eso?

—Que da la casualidad de que uno de los difuntos era el barón de Saldaña—dijo Cocardasse.

—Y el otro el propio barón de Faenza—concretó Passepoil.

Todos se miraban inquietos entre sí. La muerte violenta de sus dos cómplices les había dejado desagradablemente sorprendidos. De pronto, Peyrolles, sin poderse contener, gritó con voz trémula:

—¡Lagardere!

Gonzaga se puso inmediatamente de pie cual impulsado por una fuerza misteriosa. En aquel momento se quebró el vidrio de una artística cristalera y una piedra mal envuelta en un papel cayó en mitad del aposento. Todos los presentes quedaron estupefactos, sin atreverse a coger aquel objeto. Por fin, Gonzaga, acercándose a él, inclinóse y lo cogió. Desarrugó la hoja de papel y leyó:

—«Faenza +

Saldaña +

Peyrolles

Gonzaga.»

Gonzaga reflexionó un momento, levantó los ojos de la hoja y dirigiéndose a los presentes pareció deliberar:

—No hay duda, Lagardere está en París cuando lo creíamos muerto. Todo está claro. Aunque lo prefiero así, pues no me gusta luchar contra los fantasmas, y Lagardere, al fin y al cabo,

es tan sólo un hombre. Peyrolles, es necesario que averigües dónde se esconde ese Lagardere.

Peyrolles contestó con voz trémula y temblorosa:

—Señor... yo... considerad que me conoce... y no será fácil...

Cocardasse y Passepoil cambiaron una mirada entre sí. Este último dijo:

—Por mi parte, yo preferiría encontrarme con el propio Lucifer.

—Y yo con el viejo Satanás—confirmó Cocardasse.

—Sería más prudente que alguien de quien Lagardere no sospeche se encargase de este asunto—inició Peyrolles.

—¿Quién?—preguntó rápido Gonzaga.

—Esopo es cauto y el abrigo de sospechas—declaró Peyrolles tras de reflexionar unos instantes.

—No es mala idea. Buscadlo y traerlo aquí.

Peyrolles salió apresuradamente en su busca y volvió a aparecer a los pocos instantes acompañado del jorobado. Éste, desde el umbral de la puerta, dijo:

—Para servirlo, señor.

—Acércate—dijo Gonzaga—. Ha llegado el momento de que nos pruebes tu talento.

—Os oigo, señor—replicó el jorobado.

—Se trata de que encuentres a alguien a quien busco desde hace mucho tiempo y por quien tengo el mayor interés... Su nombre es Enrique de Lagardere.

—¿Lagardere?

—¿Lo conoces?—dijo Gonzaga.

—Bastante—replicó el jorobado.

—¿Podrías indicarnos dónde mora actualmente?—inquirió Gonzaga.

—Por el momento lo ignoro, pero si tanto os interesa, podré dar con vuestro hombre. Ya os dije que tengo algo de mago... y mi ciencia siempre me ayuda un poco, y con paciencia...—vanaglorióse el jorobado.

—Si logras lo que te pido—dijo Gonzaga—sabré recompensarte regiamente. Pero si me engañas te prevengo que este asunto puede llevarte muy lejos.

—Yo encontraré a vuestro amigo Lagardere. Con mi cabeza os respondo de ello—contestó enfáticamente el jorobado.

—En este caso ponte en acción al instante... y muéstrame de lo que Esopo es capaz—ordenó Gonzaga.

—Os prometo que vos seréis el primero en quedar maravillado de vuestro humilde servidor—habló con un cierto matiz burlón.

Y despidiéndose de esta manera salió de la estancia.

—Esta noche es el baile del Regente. Quiero que asistáis todos. No olvidéis vuestras mejores espadas para atender dignamente al caballero de Lagardere—recalcó Gonzaga.

—«Mon seigneur»—indicó Oriol—, ¿qué os hace suponer que Lagardere asistirá a este baile?

—El hecho de que mi digna esposa anunció que también asistiría...—afirmó con decisión Gonzaga.

Aquella noche la princesa de Gonzaga estaba vistiéndose con un traje de corte para asistir al baile del Regente. Hablaba con su fiel camarera Ana, que era incapaz de dominar sus sollozos. La princesa preguntóle con cariño:

—¿Por qué lloras?

—Señora; es la emoción; la esperanza de que volváis a la vida.

La princesa de Gonzaga se sintió invadida por un vértigo fugaz, que la hizo apoyarse en el respaldo de un sillón para evitar caer al suelo. Su camarera corrió hacia ella al tiempo que gritaba algo asustada:

—¡Señora!

La princesa de Gonzaga abrió un momento los ojos y fijó su mirada en el retrato del duque de Nevers. Sintióse reconfortada y replicó a su camarera:

—No es nada. Avisa a mi carroza.

Aquella misma noche, en el aposento de su casa en París, Aurora de Nevers se engañaba para la fiesta del Regente. Primer baile de gala al que va asistir. Se contempla numerosas veces ante el espejo y preguntó a su camarera, que la ayudaba a vestirse:

—¿Cómo son las damas de la corte?

La buena mujer la contempló detenidamente, y admirada



ante aquella imponderable belleza, repitió con acento pleno de convicción:

—Ninguna tan hermosa como vos.

—Esta noche conoceré a mi madre en medio del esplendor de una fiesta en palacio—luego dijo a modo de aclaración—. ¡Ah!...helo tanto que Enrique se sienta orgulloso de mí!...dijo suspirando.

Y con estas palabras salió de su cámara en dirección a su coche.

En el palacio del Regente, en su sala privada, Felipe de Orleans, regente de Francia, se entrevistó privadamente con el príncipe de Gonzaga. En estos momentos decía con decisión:

—Lo que exijo es la verdad.

—«Mon seigneur»—explicó Gonzaga—, esta verdad que pedís yo os la traigo. Nevers expiró en mis brazos y fui yo quien recogió sus últimas palabras. Las recuerdo una por una: «quiero que seas el esposo de mi mujer para que mi hija pueda llamarte padre».

—¿Y por qué callaste esta circunstancia durante tantos años?—preguntó sorprendido el Regente.

—Porque amo a mi mujer—contestó Gonzaga—y porque hablar equivalía a lanzar una acusación contra el padre de mi esposa. Pero la mano alevosa que lo asesinó pertenece a otro hombre y este hombre es el que vengo a entregarte.

—¿Su nombre?—pidió ansioso Felipe de Orleans.

—Enrique de Lagardere—respondió inexorable el príncipe de Gonzaga.

El asombro que tales palabras produjeron en el Regente apenas se puede decir. Preguntó con incredulidad:

—¿Cayús compró la espada de Enrique de Lagardere?

—Como os lo digo, monseñor—aseveró Gonzaga—. Mas este papel de subalterno duró apenas un día. Lagardere lo cambió por un papel más activo y, obrando por cuenta propia, robó a la hija de Nevers, apoderándose de la hoja del registro que prueban su nacimiento...

—¿Mas vos habéis declarado que esta hija murió?—inquirió el Regente.

—En España, y por eso Lagardere trata de hacer que viva y así apoderarse más fácilmente de la herencia de Nevers—insistió con cínico aplomo Gonzaga.

—¿Y decís que Lagardere...?

—Sí. Lo entregaré esta noche, para que se haga justicia—dijo Gonzaga.

—Si lo conseguís, os prometo que mi justicia será implacable.

## LA PRUEBA

En un espléndido y majestuoso salón del palacio del Regente, Cocardasse y Passepoil comentaban la animación y el bullicio de la fiesta, afirmando que jamás en su vida habían presenciado espectáculo semejante.

El salón ofrecía un aspecto deslumbrador. Damas exquisitamente vestidas rivalizaban en belleza y caballeros de costosas casacas recamadas de oro y empolvadas pelucas hacían alarde de ingenio y de vistosidad.

Cocardasse y Passepoil discutían acerca de los méritos de sus respectivas favoritas. Parecían medir la belleza por la amplitud del escote. Y la dama de los pensamientos de Cocardasse se llevó la victoria, pues llevaba un escandaloso escote que le llegaba poco menos que a la cintura. Salieron de la terraza y bajaron por las escaleras comentando la belleza que existía en una vida tan alegre y regalada.

—El diablo me lleve—dijo Passepoil—, se me humedecen los ojos tan sólo de pensar que vida tan regalada pueda tener un fin...

—¿Queréis decir, Lagardere...?—habló Cocardasse.

—Yo creo que sí pedimos perdón...—insinuó Passepoil.

—Mostrando arrepentimiento...—prosiguió Cocardasse.

—Y como en el fondo es bueno...—completó Passepoil—, sin duda nos perdonará.

Una voz severa surgió de la oscuridad diciendo:

—En vuestro caso yo no lo aseguraría con tanta firmeza...

La arrogante figura de Lagardere se perfiló a sus espaldas. Se volvieron rápidamente, e invadidos de un súbito estremecimiento cayeron de rodillas a sus pies implorando perdón con temblorosa voz:

—Te... te... tened piedad de este po... po...bre anciano—imploró Passepoil.

—Perdonad a vuestro viejo Co... Cocardasse...—tartamudeó el otro.

—¿Acaso lo merecéis?—preguntó enérgicamente Lagardere.

—No..., digo... sí... ¿verdad?—musitó Passepoil.

—Sí—afirmó un poco atrevidamente Cocardasse.

—Voy a ponerlos a prueba. Seguidme.

Los dos viejos espadachines siguieron a Lagardere por el jardín. Este los llevó a un pabellón solitario. Una vez allí, se detuvo y les explicó:

—En este recinto se encuentra una joven cuya existencia es sagrada para mí... os confío su guardia... Nadie debe acercarse mientras alentéis con vida.

—Lo juramos—declararon con determinación Cocardasse y Passepoil.

Lagardere, dejando a Aurora bajo su custodia, marchó con rapidez en dirección determinada. Tenía otra cita con la princesa de Gonzaga y no quería retrasarse. En una glorieta situada en un ángulo de los jardines la encontró. Después de darse a conocer explicó detenidamente la situación y concluyó con estas palabras:

—Y ahora que conocéis la verdad, comprenderéis fácilmente por qué he querido cerciorarme que, al separarme de ella, seguirá siendo tan feliz como lo ha sido a mi lado. Señora... para mí, Aurora, lo es todo en este mundo.

—¿Tanto la queréis?—preguntó maternalmente la princesa.

—Más que a mi propia vida... pero vuestra hija os pertenece y sólo os pido el tiempo necesario para prevenirla y prepararla. Su alma... es tan delicada... y hay emociones tan fuertes...



—¿Es mucho lo que tendré que aguardar?—preguntó con ansiedad la princesa.

—Dentro de una hora, en el pabellón Diana, pero esta cita guardarla sólo para vos...

La princesa, emocionada, puso su mano en el pecho como impidiendo que estallara el corazón y ofreció la otra a Lagardere, que, rodilla en tierra, besó ésta con devoción.

Lagardere caminó con decisión nuevamente hacia el templete de Diana. La princesa permaneció unos minutos pensativa, y luego, con paso firme y decidido, caminó por un sendero que conducía hacia el palacio. Encontróse con el Regente de Francia y, llevándolo a aparte, le puso en antecedentes de lo que acababa de ocurrir.

—¡Imposible!—exclamó el Regente.

—Monseñor... estoy segura de que ese hombre ha dicho la verdad.

El Regente se detuvo unos momentos antes de contestar. Cuando lo hizo fué con voz firme y resuelta:

—Señora... es mi deber ponerlos en guardia. Ese Lagardere no es más que un aventurero que intenta apoderarse de la herencia de Nevers... además, vos misma habéis dicho que ama a la que pretende hacer pasar por hija vuestra...

—Ese hombre nada pide... y ha prometido entregarme a mi hija antes de una hora.

—¿Dónde?—preguntó incrédulo el Regente.

—En el pabellón de Diana...—se le escapó a la princesa.

—¿En el pabellón de Diana?—preguntó el Regente.

—No sé... no sé...—balbuceó la princesa.

—Nada tenéis que temer. Es necesario que todo se aclare; venid conmigo, señora. El Regente de Francia os ofrece protección y hará que respóndezca la justicia.

Lagardere y Aurora estaban sentados en un banco, en el centro del pabellón, cerca del cual había una gran fuente en forma de concha. Lagardere habló en aquellos momentos.

—Aurora, dentro de un instante conoceréis a vuestra madre. Nuestras vidas, que el destino juntó, irán ahora por sendas distintas.

—Sepárennos...—interrumpió Aurora exaltada.

—¡Por piedad!... ¡ayudadme! ¡haced posible que os pueda decir adiós!—imploró Lagardere.

—Enrique... no puedo, no puedo; no quiero perderos.

—Aurora... dídmelo bien; pertenecéis a un mundo del cual yo no formo parte.

—Para mí no hay nada más noble que vos—insistió Aurora.

—La gratitud os hace juzgarme así—indicó Lagardere.

—¿La gratitud? No, Enrique, no; es que el amor es algo más sublime y más profundo.

Lagardere se levantó y avanzó unos pasos al tiempo que decía:

—Una nueva vida os aguarda... una vida rodeada de lujo, de riqueza y de placeres.

Aurora se levantó y fué hacia él, mientras decía con insistencia:

—Sin vos no quiero nada...

—El cariño de una madre que os adora llenará vuestra vida de dicha...

—Después de vos, Enrique, es a mi madre a quien más quiero; perdonadme por lo que voy a deciros, pero si tuviera que escoger entre mi madre y vos... te quiero, Enrique... te quiero...

Lagardere, vencido, besó los labios que Aurora le ofreció. Se abrió la puerta y entraron Cocardasse y Passepoil con la espada en la mano. Se detuvieron en el umbral.

—Los guardias del Regente han cercado el palacio—dijo Cocardasse.

—Y os buscan para prenderos...—agregó Passepoil.

—Ordenad...—dijo Cocardasse.

Lagardere se dirigió a los espadachines y les dijo:

—Quedaos aquí.

—Y vos ¿qué pensáis hacer?—preguntó Passepoil.

—Entregarme—dijo Lagardere.

—¡Enrique!—exclamó Aurora, horrorizada.

—No temas por mí—dijo Lagardere—, a llegado el momento de que Gonzaga y yo juguemos la partida final. Vosotros—dijo Lagardere dirigiéndose a los espadachines—. Esperad a que los guardias se alejen y conducid a Aurora a su casa. De su vida me respondéis con las vuestras.

—Ambas os pertenecen—dijo con énfasis Cocardasse.

Aurora se abrazó a Lagardere y en aquel momento se oyeron pasos en el exterior. Lagardere exclamó:

—¡Silencio!

Todos enmudecieron, Lagardere se separó de Aurora, a la cual lanzó una apasionada mirada de cariño. Luego se dirigió a la puerta.

Cocardasse y Passepoil se colocaron junto a Aurora con intención de defenderla hasta la muerte. Lagardere salió, avanzó unos pasos y se encontró con un oficial y cuatro cohortes, que le dieron el alto:

—¿Quién vive?

—Enrique de Lagardere.

—¡En nombre del Regente de Francia! ¡Rendiros!

—Estoy a vuestras órdenes, caballero.

Y rodeado por los soldados se dirigió hacia la cámara del Regente. Allí le esperaba éste, sentado a su mesa. A su derecha el cardenal de Bissy y a su izquierda un dignatario. A la derecha de la mesa, sentada en un sillón, estaba la princesa de Gonzaga, y a pocos pasos de ésta el príncipe, con Orjol y otro amigo. Lagardere quedó frente al Regente. Este habló:

—Caballero, he ordenado vuestra detención para que justifiéis vuestra conducta a todos luces sospechosa. Espero que habéis comprendido que estáis ante un tribunal y sobre mi honor os juro que si sois culpable mi justicia sabrá condenaros. Habéis asegurado que la hija de Nevers vivía. ¿Dónde está?

—Lo ignoro—dijo Lagardere.

—No es posible. Recordad que hace un momento me habéis asegurado que verla a mi hija—interrumpió la princesa.

—Y precisasteis que el encuentro tendría lugar en el pabellón de Diana. ¿no es cierto?—continuó con ímpetu el Regente.

—Lo ignoro—dijo Lagardere, y lanzó una mirada de pena y reproche a la princesa, que le rehuyó la vista.

—Señora, este hombre ha querido especular con vuestro infortunio. Por última vez, os invito a que declaréis la verdad.

—Monseñor—interrumpió Gonzaga, que avanzó hasta quedar cerca de Lagardere— Monseñor, la verdad que pedís yo la conozco. Aquí tenéis al asesino de Nevers.

Lagardere cogió rápido la mano de Gonzaga, y descubriendo la cicatriz la mostró al Regente, diciendo:

—Aquí tenéis al verdadero asesino. Mirad esta cicatriz. La marca del crimen que atestigua su infamia y que mi espada grabó en su mano para siempre.

\* \* \*

Se hizo un intenso silencio en la sala.

—Príncipe, ¿Oís lo que dice este hombre?—preguntó el Regente con inmenso asombro reflejado en su semblante.

Gonzaga se había quedado lívido. Una palidez mortal se había apoderado de sus facciones. Reaccionó, hizo un esfuerzo por serenarse y contestó:

—Alteza, esta herida, para mí, gloriosa, la recibí defendiendo la vida de Nevers. Y contra este hombre.

Lagardere quedó aturdido ante tanto cinismo, sin saber cómo reaccionar.

—¿El asesino de Nevers?—inquirió asombrado el cardenal.

—No, No es posible—dijo sollozando la princesa.

—Enrique de Lagardere, ¿qué tenéis que decir contra esta acusación?—habló el Regente.

—Monseñor, Vuestra Alteza ha declarado que estamos ante un tribunal para juzgar a quien se encuentre culpable. Y la acusación lanzada por el príncipe de Gonzaga no vale más que mi propia acusación. Pero existen otras pruebas que pueden confundir al verdadero asesino.

—¿Dónde están?—preguntó el Regente.

—Os pido veinticuatro horas para poder presentarlas.

—¿Y quién garantiza que cumpliréis lo ofrecido?—dijo con ironía el Regente.

Lagardere, desconcertado, miró a su alrededor. De pronto, la voz de la princesa de Gonzaga cortó el silencio de la sala.

—¡Yo!

Todos la miraron sorprendidos, y el Regente preguntó:

—¿Vos?

—Monseñor, la viuda de Nevers se declara garante de la palabra empeñada por el caballero de Lagardere.



—¿Permitiréis semejante humillación?—implicó Gonzaga al Regente.

—Mi deber es hacer justicia, Caballero; quedáis en libertad; mas recordad que si faltáis a vuestra palabra, será tanto como firmar vuestra sentencia de muerte.

Lagardere se inclinó ante el Regente y avanzó hacia la princesa. Cuando estuvo a su lado, desenvainó su espada y dijo al ofrecérsela:

—Señora. Vuestro noble gesto os será recompensado... Tomad mi espada, que ninguna infamia ha mancillado jamás... Ella os responde de mí.

Gonzaga ordenó a Oriol:

—Impedir que este hombre salga.

—Monsieur—dijo Lagardere dirigiéndose al Regente— Por el honor de mi nombre; yo, Enrique de Lagardere, os juro que mañana, a estas horas, conoceréis al asesino de Nevers. Desde ahora podéis convocar los jueces.

Hizo una reverencia y salió, mientras los soldados, en posición de firmes, le cedían el paso. Oriol, con seis espadachines, guardaba la puerta del palacio del Regente, y les daba órdenes en voz baja.

—Lagardere está inermé. Ya sabéis lo que esto significa. Guardad las salidas y obrar sin darle tiempo de nada.

Salió con dos hombres por la derecha y se colocó con ellos en un banco, junto a la puerta del palacio. El jorobado salía en aquellos momentos por la misma. Oriol, que le vió, se levantó y dijo:

—Esopo, ¿no has visto a Lagardere?

—¿Lagardere? Me pareció oír que le dejaron en libertad—dijo el jorobado.

—Pero no creo que llegue a salir de palacio—intervino un espadachín.

—No lo juréis. Ese hombre es el diablo en persona—dijo el jorobado.

—A menos que se transforme en fantasma, no saldrá por esta puerta—confirmó el primer espadachín, al tiempo que los demás reían cual si fuese un chiste lo que acababa de decir.

—En este caso será mejor que me vaya—dijo el jorobado—. No me gustan las refriegas.

—Decís verdad. Esos trances no se han hecho para hombres como vos.

Al contemplar el deforme cuerpo del jorobado estallaron en una carcajada, que acogió Oriol con una sonrisa, mientras el jorobado desaparecía de su vista.

Lagardere llegó a su casa. Abrió la puerta y penetró por las escaleras al tiempo que gritaba: «¡Aurora!». Sus palabras llegaron a oídos de Peyrolles, que revolvía afanosamente los papeles de su habitación. Sobresaltado, se incorporó. Al oír los pasos del caballero subiendo los escalones, se ocultó tras un mueble. Lagardere entró en la cámara, se acercó a la mesa y encendió un candil. Peyrolles trató de escapar en aquel momento, pero derribó un taburete. Lagardere oyó el ruido, y cogiendo una espada de sobre una mesa se fué hacia Peyrolles, al que cogió por el cuello gritando:

—¿Dónde está Aurora?

—No sé...

—Hablad, reptil inundo—y Lagardere abofeteó su rostro.

—En ca...sa de Gon...za...ga—dijo, ahogándose, Peyrolles.

Lagardere le empujó contra la pared y gritó con voz ronca:

—¡Tu hora ha llegado! ¡Defiéndete, cobardo, si no quieres obligarme a matarte como a un perro!

Peyrolles desenvainó su acero. Lagardere atacó con sostenida furia. Lo obligó a retrocer hasta el primer peldaño de la parte alta de la escalera, y una vez allí se tiró a fondo y le clavó una estocada entre los ojos, haciendo rodar el cuerpo, ya sin vida, de Peyrolles por la escalera abajo. Contempló su caída y elevando los ojos al cielo exclamó:

—Acuérdate de Nevers.

Poco después, en una taberna y en torno a una mesa estaban Lagardere, Cocardasse y Passepoil. Este explicaba a Enrique:

—Los dos nos resistimos en dejar a Aurora sola, pero nos suplicó con lágrimas en los ojos que fuéramos a vuestro encuentro.

—Temía por vuestra vida—suspiró Cocardasse—. Si la hubieseis visto llorar, también hubieseis cedido...

—Aurora en poder de Gonzaga—comentó con amargura Lagardere.

—¿Qué habéis decidido?—preguntó Cocardasse.

—Si queréis tomaremos por asalto el palacio de Gonzaga—sugirió Passepoil.

—No. Yo iré solo. Se trata de libertarla y nada puede detenerme, esperadme aquí y tratad de que nadie os vea.

Y con estas palabras salió precipitadamente de la taberna, dejando a Cocardasse y Passepoil preocupados por la terrible aventura con la que iba a enfrentarse solo.

En el salón oriental del palacio de Gonzaga éste se esforzaba por convencer a Aurora de la conveniencia de hacer caso a sus palabras. Aurora, de pie, oía con impaciencia las palabras que Gonzaga, sentado cómodamente en su sillón, decía con suavidad:

—Hacéis mal en no aceptar mi protección. Habéis sido víctima del engaño más ruin. Este hombre os ha mentido.

—Lagardere no ha mentado jamás—dijo con energía Aurora.

—Reflexionad; sois joven y hermosa y quisiera evitar que vuestro honor corriera la misma suerte que el de ese hombre, el cual, abusando de vuestra inocencia, os ha hecho cómplice de su maldad. Mi ofrecimiento os libra de toda sospecha y os abre un lisonjero porvenir... Seréis la esposa del más noble de mis amigos. Viviréis en el lujo y la riqueza y pronto olvidaréis este triste episodio de vuestra vida. De lo contrario...—se detuvo.

—Proseguid—dijo con arrogancia Aurora.

—Me obligaréis a hacer algo que había creído inútil. ¿Decidid?—acabó con impaciencia.

—Ya he decidido—dijo Aurora.

En aquel momento se oyó una voz que decía:

—Monseñor.

Gonzaga salió un momento de la estancia y escuchó con atención lo que Oriol susurró a su oído. Luego, volviéndose a Aurora, dijo:

—Bien. Meditad. Dejo en vuestras manos el dictar vuestra propia sentencia.

Salió de la estancia acompañado de Oriol y marchó a una sala vecina donde esperaba el jorobado. Se dirigió a su mesa seguido del jorobado, al que preguntó:

—¿Qué quieres? ¿Traes alguna noticia? ¿Has sabido algo de Lagardere?

—Lo que todo el mundo sabe... Logré salir de palacio—indicó el jorobado.

Gonzaga se sintió frente a la mesa y replicó:

—De cualquier modo su suerte no es dudosa... Estoy reuniendo en mis manos todo cuanto le condena...

—¿Todo?—preguntó incrédulo el jorobado.

—Por lo menos lo que a mí más me estorbaba...—sonrió Gonzaga.

—Sin duda.

Luego, insinuó el jorobado:

—¿La joven que habéis escondido aquí?

—¿Cómo lo sabéis?—preguntó algo asustado Gonzaga.

—Por simple deducción... ¿Qué pensáis hacer con ella?—preguntó curioso el jorobado.

—Lo que la suerte decida—respondió impasible Gonzaga.

—Monseñor, hace un momento dijisteis que teniais en las manos todo cuanto condena a Enrique de Lagardere. Yo creo que os falta algo.

—¿Qué?—gritó con ansiedad Gonzaga.

—Cierta hoja de un registro de la Iglesia de Caylús...

No pudo continuar, pues Gonzaga levantóse sobresaltado y presa de enorme excitación e interrumpió:

—¿Tú sabes dónde se encuentra?

—Si os interesa... yo os la podría encontrar...—sonrió el jorobado.

—¿Es posible?... Habla... y si es cierto lo que dices, tu fortuna está hecha.

—En este caso no me interesa el dinero...—dijo firmemente el jorobado.

—Entonces, ¿qué quieres?; di.

Gonzaga parecía dispuesto a conceder todo lo que el jorobado pidiese con tal de tener la hoja del registro.

—Para que podáis comprender tratad de olvidaros de mi cuerpo contrahecho... y pensad que, como vos, tengo un alma, y si soy capaz de odiar, también lo soy de amar y de sufrir... Vos perseguís vuestro fin, dejad que consiga el mío.

—Explicate, ¿qué deseas?—preguntó un poco sorprendido Gonzaga.



—La joven que teneis en vuestro poder...—pidió el jorobado.

Gonzaga rompió en una carcajada ante la extraña petición del jorobado. Este lo contemplaba impávido, seguro de que al final entregaría la joven a cambio de las hojas del registro de Caylús.

—Ja... ja... ja... Insensato. Aunque yo aceptara, ella te rechazaría... Esa joven sólo ama a Lagardere. ¿Cómo podrás tú?... —y volvió a reír estrepitosamente, al pensar la cara de horror que pondría Aurora de Nevers cuando se enterara de su flamante pretendiente.

—Probar os cuesta muy poco—dijo con voz insinuante el jorobado—, sólo pido que me dejéis unos momentos tan sólo a solas con ella. Ya os dije que tengo algo de brujo...

—¿Y si te doy a esa joven,...?—dijo Gonzaga tras unos minutos de intensa reflexión.

—Os ofrezco el documento que vos queréis—añadió con suavidad el jorobado.

—Sígueme—dijo Gonzaga, que había tomado ya una determinación.

Salieron ambos de la sala con dirección a la cámara oriental, donde se hallaba Aurora de Nevers. Se detuvieron ante la puerta. Gonzaga la abrió y penetró por ella el jorobado. Una vez dentro, Gonzaga cerró la puerta, dejando a Aurora y al jorobado solos en el salón. Gonzaga miró por el ojo de la cerradura para no perder detalle de lo que dentro ocurría. Cuando Aurora vió abrirse la puerta se volvió ligeramente, y al divisar al jorobado se puso de pie como movida por un resorte. El jorobado y Aurora estaban de espaldas a la puerta. Lo único que Gonzaga pudo ver fué cómo el jorobado besaba la mano que, espontáneamente, le ofreció Aurora de Nevers.

El jorobado salió en dirección a la puerta. Gonzaga se incorporó bruscamente y se alejó unos pasos. El jorobado salió satisfecho y regocijado. En su semblante se leía la alegría que le invadía. Se acercó a Gonzaga y dijo entusiasmado:

—Acepta.

—Bien; pero falta que dicte mis condiciones.

—Es justo lo que pedís—asintió el jorobado.

## LA EMBOSCADA

Aquella noche, en una obscura calle de París, esperaba una espléndida carroza. Sonaron las diez en un reloj vecino. Y de la carroza descendió el príncipe de Gonzaga acompañado por tres amigos. De la obscuridad salió el contrahecho jorobado. Gonzaga se separó de sus amigos y avanzó solo a su encuentro. Cuando estuvo cerca le dijo:

—¿Tienes el documento?

—¿Y la joven?—preguntó el jorobado.

—En la carroza—señaló Gonzaga.

El jorobado se acercó a la portezuela de la carroza, abrió y contempló a Aurora reclinada en el asiento. Satisfecho, se volvió a Gonzaga y tendiéndole un pliego de papel dijo:

—Tomad—Gonzaga examinó el pliego con avidez—¿Estáis satisfecho?

—Has cumplido tu palabra, pero no olvides que debes salir de Francia—indicó el príncipe de Gonzaga.

—Yo jamás olvido nada—dijo con firmeza el jorobado.

Se acercó a la carroza, donde había dos espadachinos, y volviéndose a Gonzaga, dijo:

—¿Y estos hombres?

—Son tu escolta—dijo Gonzaga, y volviéndose a los espadachinos ordenó—: Partid al galope, sin detenerse hasta pasar la frontera.

—Agradezco vuestra amable protección—dijo el jorobado—. Los caminos son poco seguros... y como yo voy sin armas... Buena suerte, monseñor.

Subió a la carroza y tras él los dos espadachines. La carroza arrancó al galope, dejando una nube de polvo tras de sí. Gonzaga, satisfecho, se acercó a su amigo Oriol, y mostrándole el pliego que el jorobado le entregara, dijo con satisfacción:

—Llegó la última hora de Enrique de Lagardere.

La carroza había salido de París. Las caballerías iban al galope tendido por los polvorientos caminos de Francia. El jorobado, sentado al lado de Aurora, escudriñaba con avidez e inquietud la tortuosa carretera. Su inquietud era tan aparente y manifiesta, que uno de los espadachines no pudo por menos de decirle burlescamente:

—Te veo muy inquieto, Escop. ¿Tienes miedo que te roben tu tesoro?

—¿Quién sabe! Estos caminos son tan inseguros...—dijo el jorobado.

La carroza siguió su marcha. De repente, el cochero detuvo los caballos con un salvaje tirón de las riendas. Un tronco de árbol estaba atravesando el camino. Por la izquierda apareció Cocardasse. Y por la derecha, Passepoil. Este se tiró sobre el cochero, atacándole con salvaje furia. Mientras Cocardasse abrió una de las portezuelas de la carroza. Los espadachines saltaron y atacaron a Cocardasse con reconcentrada furia. Passepoil redujo a la impotencia al cochero y acudió en socorro de su viejo camarada. Entre los dos consiguieron desarmar e inmovilizar a los secuaces de Gonzaga. El jorobado descendió de la carroza y contempló con tranquilidad el curso de la pelea. Luego ordenó con rapidez:

—¡A la carroza!

Dieron la vuelta a ésta y se lanzaron a un galope desenfrenado con dirección a París, donde en el palacio del Regente el caballero Enrique de Lagardere tenía que responder a las acusaciones que contra él lanzó el príncipe de Gonzaga.

En la sala del Consejo el Regente de Francia, Luis Felipe de Orleans ocupaba la presidencia del Consejo de familia que aquella noche iba a juzgar la conducta del caballero Enrique de La-

gardere, presunto asesino de uno de los más nobles pares de Francia, Felipe, duque de Nevers. El Regente estaba hablando.

—Este tribunal, revestido de poderes extraordinarios, se ha reunido para juzgar al presunto asesino del duque de Nevers... Para dar comienzo a los debates, es necesario la presencia de Enrique de Lagardere, a quien se concedieron veinticuatro horas para presentar las pruebas por él ofrecidas...

—Creo mi deber prevenir a este magno tribunal—dijo Felipe de Gonzaga—que toda espera es inútil. Y propongo que se le juzgue sin más dilación...

—Lagardere cumplirá su promesa—afirmó con voz serena la princesa de Gonzaga.

—Y yo aseguro que no vendrá—afirmó el príncipe de Gonzaga.

El cardenal conferenció unos momentos con el Regente, y luego, dirigiéndose a Gonzaga, dijo con voz mesurada pero firme:

—Es opinión de este Tribunal que siendo vuestra esposa la princesa, la persona más directamente interesada en el triste suceso que debemos juzgar, no se limiten las posibilidades del testimonio que solicita, acordando un plazo prudente a Enrique de Lagardere.

—Señora—dijo el príncipe de Gonzaga a su esposa, cuando el cardenal hubo concluido—Vuestro legítimo dolor os impide aceptar la triste realidad... La hija de que os ha hablado ese impostor no es la hija de Nevers... Y esta vez, apoyo mi acusación con pruebas irrefutables.

La princesa, que había escuchado imposible toda aquella disertación, reaccionó al escuchar «pruebas irrefutables». Mientras tanto, la carroza del jorobado se paraba ante la puerta del palacio del Regente. La puerta se abrió y descendió el jorobado, que dirigiéndose a Cocardasse y Passepoil, les dijo con voz resuelta:

—Estad listos a partir en cualquier momento... Voy a intentar lo imposible.

Con paso decidido subió por las escaleras y desapareció de su vista. Mientras, Aurora, asomada a la ventanilla, murmuraba una plegaria.

En el salón del Consejo, Gonzaga seguía perorando:

—Alteza, ese hombre ha sorprendido la buena fe de cuántos



aquí estamos reunidos, y a estas horas debe hallarse fuera del alcance de vuestra justicia.

—Príncipe—interrumpió el Regente—. Habéis declarado que en vuestro poder se encuentran ciertas pruebas irrefutables. ¿Cuáles son?

Gonzaga paseó su mirada por todo el Tribunal, y luego exclamó en son de triunfo:

—Las mismas exigidas por mi esposa, la princesa... La hoja arrancada del registro de la iglesia de Caylús—se detuvo un momento y observó el efecto que sus palabras habían causado en el auditorio; luego, prosiguió, como completando su declaración—: Y declaro solemnemente que las pruebas que deben confundir al asesino están aquí—y sacó el pliego del pecho—A la disposición de los jueces... Ahora comprenderéis el por qué Enrique de Lagardere no ha cumplido su palabra...

Acababa de pronunciar estas palabras cuando se abrió el cortinón, dejando paso al jorobado, que habló con entereza:

—¡Lagardere jamás faltó a su palabra!

El asombro se reflejó en todos los rostros. Cuando vieron al jorobado que irrumpía en aquel solemne Tribunal, saliendo a la defensa del ausente caballero, el Regente fué el primero en reponerse, y dirigiéndose al jorobado, exclamó con voz airada:

—¿Qué pretendéis?... ¿Y quién sois?

—¿Lo que pretendo?... Hacer justicia. ¿Que quién soy?

El jorobado se agachó. Hizo unas gesticulaciones y movimientos y volvió a levantarse. Ahora con el aspecto arrogante de Enrique de Lagardere. Se volvió y contempló retadoramente a Gonzaga, que lívido y desencajado exclamó con la voz entrecortada por la pasión:

—¡¡Miserable!!

Lagardere avanzó unos pasos hacia Gonzaga. Se le quedó mirando fijamente, y luego, con la voz acusadora del juez, pronunció estas palabras:

—Príncipe de Gonzaga... Asesino de Nevers. Es Lagardere que viene para acusarte—luego, volviéndose a la princesa, dijo con voz deferente y respetuosa—: Señora, he cumplido mi palabra... La hija de Nevers se encuentra en este palacio.

—¡Hija mía!—dijo sollozando la princesa.

—A vos, monseñor, juré entregarme a vuestra justicia... Mi espada os pertenece. Por último, juré demostrar mi inocencia. Desenmascarando al culpable. Aquí estoy para cumplirlo.

Gonzaga, lívido y fuera de sí, se dirigió al Regente implorándole con ansiedad:

—Alteza, haced callar a ese hombre. No veis que miente.

El Regente le miró sorprendido y le dijo reprochándole con suavidad:

—Príncipe... Nadie os acusa.

—¿Acusarme?... ¿Creéis que pueden alcanzarme las palabras de un demente? Mas no estoy dispuesto a sufrir que semejante miserable me difame ante mi Príncipe soberano, sin pruebas y sin testigos.

—Tengo mis pruebas y mis testigos—le cortó Lagardere con firmeza.

—¿Vuestros testigos...? ¿Dónde están?—y Gonzaga miró por todas partes con el ánimo de encontrarlos.

El rostro de todos los presentes reflejaba el interés que les invadía. Escuchaban con intensa atención sin perder ni una sílaba de aquellas acusaciones.

—Es inútil que los busquéis... Mis testigos son dos. El primero se encuentra aquí... sois vos. El segundo... está en la tumba.

Gonzaga sintió un estremecimiento de terror. Quiso responderse, pero su voz vacilaba notablemente cuando habló:

—Los muertos... No hablan...

—Hablan cuando Dios lo quiere, y el muerto hablará. Os lo prometo.

La princesa escuchó con atención. En la mesa del tribunal todos se miraron entre sí, cambiando miradas de asombro y extrañeza. El cardenal y el Regente consultáronse en voz baja. Lagardere observó a todos y continuó con voz retadora:

—En cuanto a pruebas, aquí las tenéis. En vuestras propias manos, príncipe de Gonzaga.

Gonzaga miró el pliego que tenía entre sus manos con sorpresa y con terror. Su mano temblaba visiblemente y la cicatriz parecía más roja que nunca. Lagardere continuó, tras esa pausa:

—Este pliego sellado que habéis presentado para sostener

vuestra acusación, servirá para perderos. Ya no podéis retirarle... Pertenece a la justicia. Y la justicia no tardará en confundiros.

Gonzaga hizo un último y desesperado llamamiento al Regente. Sólo impidiendo hablar al caballero podía evitar la catástrofe que se cernía sobre él y dijo angustiosamente:

—Monseñor... me insulta... Hacedle callar.

—Defendeos, príncipe, en vez de pedir mi silencio; los dos podemos hablar. Vos como yo y yo como vos, porque la muerte está entre los dos. Romped los sellos. Abridlo, ¿Por qué tembláis? Sólo hay un pergamino... el acta de nacimiento de la hija de Nevers.

La princesa miró ansiosamente ese pergamino, que tanta importancia tenía para ella. El Regente se dirigió con dignidad al príncipe de Gonzaga y le dijo:

—Príncipe, abrid ese pliego...

Peró el príncipe de Gonzaga no se decidía. Comprendía que cuando su enemigo, el caballero de Lagardere, bajo la forma del jorobado, le había entregado el pliego, era porque dentro existiría una prueba acusadora. Como si Lagardere estuviera leyendo sus pensamientos, le informó en alta voz:

—Adivináis que hay otra cosa. ¿No es cierto? Yo os voy a decir lo que hay, en el dorso del pergamino... ¿Me oís?... en el dorso hay tres líneas... escritas con sangre... Es así como hablan los que están en la tumba...

Gonzaga tembló visiblemente. De su boca salía espuma y sus ojos tenían la expresión del loco. Todos se pusieron de pie impresionados por aquellas palabras y por el semblante demudado de Gonzaga. Estaban impresionados e inmóviles. Lagardere continuó:

—Dios ha dejado pasar diecisiete años para descorrer el velo... La hora de la verdad ha llegado... Nevers estaba a mi lado la noche del crimen... Fué antes de la lucha... un minuto antes... Nevers encomendó su alma al Dios que nos oye... y luego, sobre la hoja que está aquí, con sangre de... su vena abierta, escribió el nombre del asesino...

Gonzaga, descompuesto, olvidado de todo, como borracho, retrocedió hasta un ángulo de la mesa, estrujando el pliego de papel, mirando a todas partes, como animal acosado. Se encontró

sin amigos, desamparado. Sus compinches de antaño le volvían la espalda, temerosos de acompañarle en su caída. De un salto se dirigió a un candelabro donde prendió fuego al pergamino. Lagardere se le acercó rápidamente y sujetó con brazo férreo la mano de Gonzaga. Los dignatarios y la guardia estaban demasiado atónitos para intervenir.

—¡Lo quema!—gritó el Cardenal.

—¡Al asesino!—declaró un dignatario.

—¡Impedidlo!—ordenó el Regente.

—¡Es él!—prorrumpió la Princesa.

El tumulto que siguió a estas palabras fue enorme. Únicamente Lagardere, conservando la serenidad, impidió que el papel fuera pasto de las llamas. Cogió el pliego de papel y avanzó hacia la mesa del Tribunal. El Regente, pálido y tembloroso, dijo:

—Mostrad qué hay en ese papel.

—Nada—replicó Lagardere.

Gonzaga quedó estupefacto ante aquella afirmación.

—¿Oíséis?... Nada... Habéis quemado ese pergamino que os amenazaba con su testimonio... Vuestro nombre no estaba allí... Pero vos mismo acabáis de escribirlo... El muerto os acusa.

Lagardere estaba magnífico. Le desafiaba con su arrogante figura. Imponía con su firme ademán. Sus ojos despedían llamaradas de pasión. Todos habían enmudecido. El Regente reaccionó y, dirigiéndose a Gonzaga, exclamó con la voz rebosante de ira:

—¡Asesino!... Dos veces asesino, puesto que habéis matado la fe que tenía en vos... ¡Que detengan a este hombre!

Gonzaga, acorralado, dirigió una mirada por todos los presentes, especialmente a sus amigos, en busca de apoyo; pero en todas partes encontró hostilidad. Sus amigos, que horas antes decían estar dispuestos a morir por él, eran ahora los primeros en acusarlo. Miró a todos lados y, pareciendo adoptar una decisión, sacó la espada y, atravesando la sala, corrió en dirección a una ventana. Llegó a ella, la abrió y, de un salto, se precipitó en el vacío. Un oficial y dos soldados se dirigieron a la ventana obedeciendo las órdenes del Regente, que gritó:

—¡Detenedlo!

Pero al llegar a la ventana sólo pudieron observar cómo Gonzaga se había subido al montante de la carroza, arrojando a tierra



a Passepoil. Fustigó a los caballos y arrancó al galope. Cocardasse, que estaba de pie en una de las portezuelas, cayó al suelo al arrancar los caballos tan súbitamente.

Enrique de Lagardere se acercó a la Princesa de Gonzaga y dijo respetuosamente, dirigiéndose al Regente, a cuyo lado estaba:

—Alteza..., en nombre del juramento que hice a Nevers antes de morir, os pido la vida de ese hombre...

—Os la concedo—replicó con cierta majestad el Regente—. Es Dios quien lo quiere así...

La Princesa se dirigió a Enrique de Lagardere. Su rostro reflejaba las sensaciones de dolor por las que atravesaba su alma; su voz era entrecortada por los sollozos. Era la madre que lloraba por la hija perdida antes de encontrarla.

—Caballero..., si amáis a mi hija... como habéis dicho..., salvadla.

Lagardere levantó los ojos al cielo poniéndola como testigo de sus palabras y dijo con voz velada por la emoción:

—Juro ante Dios que ésta será la última felonía del Príncipe de Gonzaga.

Hizo una reverencia y saltó por la misma ventana que saltara Gonzaga. La Princesa se dejó caer desalentada en un sillón. Lagardere se acercó a un grupo de soldados que llevaban unos caballos por la brida; se acercó a uno de ellos y, arrebatándoselo, montó en él y salió al galope. Passepoil se le acercó y, antes de que partiera Lagardere, le entregó su espada. Luego, él y Cocardasse, cambiando unos gestos de mutua inteligencia, se apoderaron de otros caballos y partieron en pos de Lagardere.

La carroza conducida por Gonzaga volaba por la carretera, dejando una estela de polvo a su paso. La luna parecía proteger con sus rayos la fuga de Gonzaga, pues iluminaba la carretera, facilitando su carrera. La ventaja que Gonzaga llevaba a Lagardere era pequeña. La carroza no podía competir en velocidad con el rauda corcel que Lagardere montaba. Además, sus caballos estaban fatigados por la carrera a que se habían visto sometidos horas antes. Lagardere ganaba rápidamente terreno. Gonzaga miró hacia atrás y, al divisar a Lagardere, fustigó a los caballos. Aurora, mientras tanto, en el interior del vehículo, asustada por la velocidad que llevaban, era incapaz de enterarse de lo que ocurría.

De repente, el eje de dirección de la carroza se rompió y ésta se detuvo a un borde del camino. Gonzaga saltó rápidamente del pescante y corrió hacia un bosque con el propósito de internarse en él. Segundos después llegó Lagardere, que desmontó y salió en su dirección, corriendo con rapidez. Gonzaga volvió la cabeza y, al ver a Lagardere, aceleró su marcha; pero en su rapidez no se dio cuenta de una raíz, con la cual tropezó y cayó al suelo. Lagardere se precipitó sobre él gritándole:

—¡Príncipe de Gonzaga, llegó tu hora!

—¿Qué queréis de mí?

Se lanzó sobre Gonzaga y, tras unos minutos de dura pelea desbaratando su cerrada guardia y usando la famosa estocada de Nevers, le atravesó la frente entre los ojos. Gonzaga dejó escapar un grito de dolor y cayó al suelo. Lagardere se apartó de su lado y, levantando los ojos al cielo, exclamó:

—¡Felipe de Nevers, ya estás vengado!

\* \* \*

Passepoil y Cocardasse, cabalgando, detuvieron sus caballos, sorprendidos por el espectáculo que veían, y Passepoil dijo a su compañero:

—Si vos veis lo que yo veo..., nos hemos vuelto a salvar.

Lagardere, al lado de la carroza, tenía a Aurora entre sus brazos y la besaba apasionadamente, al tiempo que decía:

—Ya nada podrá separarnos...

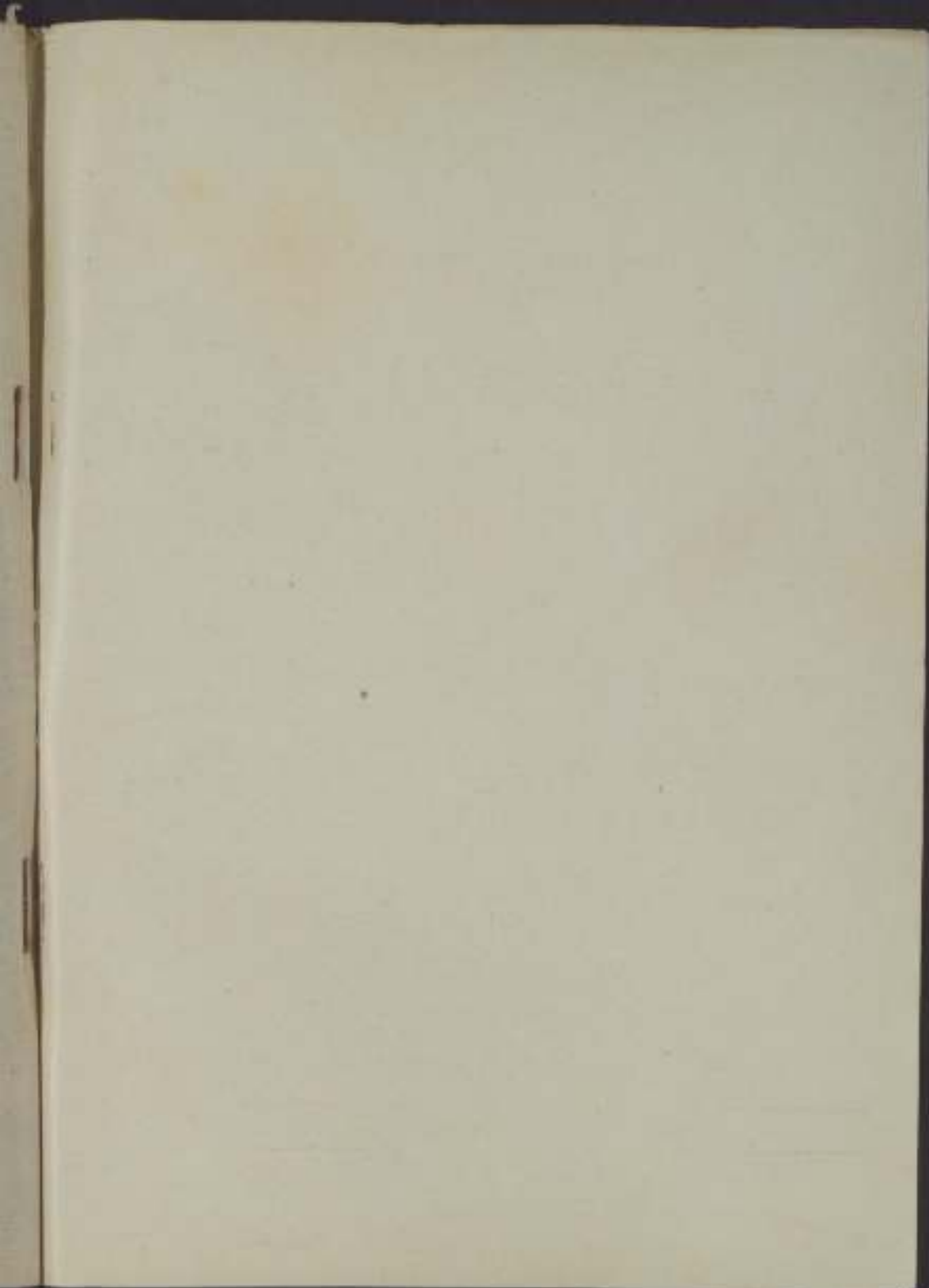
Aurora, acercando sus labios a los de Lagardere, selló con un apasionado beso sus últimas palabras.

Cocardasse besó a Passepoil en la frente, al tiempo que acompañaba el beso con unas palabras:

—A nosotros tampoco podrá separarnos nada ni nadie.

Y ambos, sonriendo, miraron a la pareja, que continuaba aquel apasionado beso y parecía no darse cuenta de la existencia de otros seres que pudieran observarlos.

FIN



# CANCIONERO

de  **Editorial ALAS**

1' - peseta

PEPE BLANCO  
CARLOS GARDEL  
ANTONIO AMAYA  
CARMEN FLORIDO  
ANTONIO MACHIN  
MANOLO CARACOL  
JUANITO VALDERRAMA  
LOS MEJORES CANTARES  
BONET DE SAN PEDRO  
NIÑA DE LA PUEBLA  
HERMANOS VIANOR  
CONCHITA FIGUER  
RAQUEL RODRIGO  
GLORIA ROMERO  
PEPITA LLACER



IRMA VILA  
NEGRETE  
JUANITA REINA  
NIÑO ALMADEN  
MANOLO SEVILLA  
EL PRINCIPE GITANO  
MIGUEL DE LOS REYES  
TOMAS DE ANTECIERA  
IMPERIO ARGENTINA  
GRACIA DE TRIANA  
PEPE MARCHENA  
EL GRAN KI-KI  
LOLA FLORES  
JOSE MARIA

## CANCIONERO EXTRAORDINARIO

1'50 ptas.

TOMAS RIOS  
ANTONIO MACHIN  
BONET DE SAN PEDRO  
MARIA DEL VALLE  
LOS CLIPPER'S



RAUL ABRIL  
CANCIONERO ESTELAR  
CINCO ESTRELLAS DEL HOT  
TRIO CALAVERAS  
PEPE DENIS

## COLECCION NEGRETE

1'50 ptas.

CREACIONES DE JORGE NEGRETE  
JORGE NEGRETE Y AMANDA LEDESMA  
JORGE NEGRETE, SUS NUEVOS EXITOS  
JORGE NEGRETE - IRMA VILA - TITO GUIZAR

---

Pedidos a EDITORIAL ALAS - Apartado 707 - Barcelona

---

**3'50 ptas.**